

S
S

SERVICIO SECRETO



BB

O.A.S.
silver kane

O. A. S.

SILVER KANE

O. A. S.

1.^a EDICIÓN
OCTUBRE - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 20.626 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© SILVER KANE - 1962

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Móra la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 4288/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

771 — Un puñado de héroes.

En Colección SERVICIO SECRETO:

610 — Ataúd B-4.

En Colección BUFALO:

420 — La dama negra.

En Colección TEXAS:

329 — La casa de los siete ahorcados.

En Colección CALIFORNIA:

315 — Miss muerte.

En Colección COLORADO:

208 — Su último desafío.

En Colección KANSAS:

210 — Tres diablos y medio.

En Colección ASES DEL OESTE:

173 — La salvaje.

En Colección BRAVO OESTE:

67 — El paso de Satán.

En Colección PUNTO ROJO:

23 — La *vedette*.

UNO

La habitación estaba llena de flores. Las había sobre la mesa en hermosos búcaros orientales. Sobre la cama, esparcidas en forma de hermosos pétalos. En el suelo, formando ramos que alguien había dejado caer...

Las había también sobre el cadáver de la joven.

La mayoría de aquellas flores, todas ellas blancas, como correspondía a una novia, se habían vuelto rojas porque estaban impregnadas de sangre.

En el pequeño departamento de la rue Blanchard, cuyas ventanas tenían una hermosa vista sobre el puerto de Argel, se mezclaban de una manera confusa e inquietante el olor de las flores y el olor de la muerte. Se confundía el color inmaculado de los pétalos y del vestido de novia con el impacto rojo de la sangre. No se podía decir dónde empezaba una cosa y dónde terminaba la otra. Dónde acababa la belleza y dónde terminaba el horror de la pesadilla.

La mujer que entró en el departamento de la rue Blanchard se detuvo en el umbral un momento.

Eran las cinco de la tarde.

El sol caliente entraba por los ventanales y caía de lleno sobre el cuello de la muerta, el cual habían partido en dos de un solo tajo. También le faltaban varios dedos de la mano, cortados sin duda mientras se defendía, y el lóbulo de una oreja. Estaba casi completamente desnuda, con el vestido de novia arrancado a jirones. La mujer que acababa de entrar en la habitación pensó que debían haberla ultrajado antes de darle muerte.

Sobre una de las paredes, escritas con la propia sangre de la víctima, se leían las letras

«F. L. N.»,

anagrama del Frente Nacional de Liberación argelino. Era la firma de los verdugos. No hacía falta averiguar.

Una mosca había entrado en la habitación y revoloteaba sobre el cadáver. Era una mosca pesada y gorda, de las que se crían en los sucios mercados de Argel. La mujer que acababa de llegar tuvo una crispación nerviosa e hizo entonces algo muy extraño.

Sacó una pesada «*Parabellum*» de su bolso y disparó. La mosca se deshizo en el aire.

Si alguien hubiese visto aquel disparo habría lanzado un grito de admiración, pero la mujer no tenía testigos.

Guardó la «*Parabellum*», se puso de rodillas, cuando ya sus piernas se negaban a sostenerla, y se echó a llorar.

De pronto se oyó una voz en el vestíbulo, cerca de la habitación. Alguien decía alegremente en árabe:

—Le felicitamos, capitán, Brion. Nos ha sido usted muy útil y la nueva Argelia no olvidará...

El que hablaba se detuvo de repente al llegar al umbral de la habitación.

Vio a la muerta, como esperaba, pero vio también una mujer caída de rodillas. Una deliciosa mujer de unos veinticinco años, rubia, bien vestida, con unas formas como para hacer enloquecer al más templado de los hombres.

Y el que acababa de llegar, un argelino moreno, de unos treinta años, no era precisamente un modelo de templanza. Le gustaban las mujeres europeas y no las sucias moras. Y aquélla era un bombón.

Fue a tender las manos hacia ella cuando de pronto la mujer giró sobre sus rodillas, con la agilidad de un atleta, desgarrándose las medias, y presentó cara al recién llegado.

Sus ojos llameaban.

En la mano derecha empuñaba una «*Parabellum*» que acababa de sacar de su bolso de fina piel.

El argelino tragó saliva.

—¿Qué... ocurre? ¿Quién es usted?

La mujer se puso en pie lentamente, sin dejar de apuntarle. La estrecha falda ofreció un espectáculo que hizo abrir la boca al africano.

—Yo me llamo Natalie —dijo la mujer lentamente—. ¿Y tú,

marrano?

—Yo me llamo Sached.

—Muy bien, Sached, perro leproso. Entra y cierra la puerta antes de que te haga el favor de arrancarte la piel.

Sached no tenía más remedio que obedecer ante la amenaza de la pistola. Entró del todo y cerró la puerta a su espalda.

—¿A quién buscabas? —preguntó Natalie.

—Al capitán Brion.

—El capitán Brion era el marido de mi hermana. Se había casado hoy. Ya veo que os la ha vendido.

—¿Tú eras hermana de esa puerca?...

Natalie entrecerró un momento los ojos y disparó sin apuntar. Una oreja del hombre saltó entera, mientras el herido lanzaba un aullido horrible.

—Vas a contármelo todo —susurró fríamente Natalie—. ¿Por qué has entrado en la casa?

—He... visto... el coche del capitán ahí abajo. He creído que era él quien estaba aquí.

—Yo he robado el coche de Brion porque me imaginaba algo. Sabía que mientras lo llevase no me atacarían los del

F. L. N.

Sigue. ¿Cuáles fueron vuestros acuerdos con el capitán Brion?

La sangre del africano manaba a borbotones, pero hacía terribles esfuerzos para no gritar.

—Sigue —dijo Natalie mientras levantaba su pistola un poco más, apuntando a la otra oreja.

—El capitán Brion... estaba trabajando para nosotros desde hace años. Nos decía dónde estaban las guarniciones francesas más débiles y nosotros le pagábamos en oro. Era un podrido, un hijo de perra, pero a nosotros nos convenía su trato... Toda Francia está podrida también, pero aun así él comprendió que no podría volver porque algún día se averiguaría lo que había hecho. Entonces pidió un alto cargo en el ejército del nuevo Estado Argelino. Quería ser nada menos que general. Nosotros exigimos que hiciera hablar a su novia. Su novia era un miembro activo de la

O. A. S.

[1]

Los ojos de Natalie se desviaron unas fracciones de segundo para

mirar el cadáver.

—¿Y qué?

—El explicó que no podía hacerla hablar porque ella no tenía, en ese sentido, confianza en él, pese a estar prometidos. Entonces nos dijo: «El mismo día de nuestra boda nos dejarán solos. Haced lo que queráis con ella».

Natalie entrecerró los ojos. Eso fue todo lo que hizo. Su mano derecha ni siquiera tembló.

—Sigue.

—Acordamos que después de la boda él la traería a este departamento. Es un sitio de lujo, pero los europeos lo han abandonado y nadie podía interrumpirnos aquí. Cuando Brion entró, llevando a su mujercita en brazos, nosotros ya estábamos esperando. La dejó en nuestras manos y luego se largó. Desde el mismo ascensor debió oír sus aullidos, seguro, pero no hizo absolutamente nada para volver.

Otra vez los ojos de Natalie fueron hacia el mutilado cadáver. Monique, la muerta, era la menor de las tres hermanas. Imaginó su horrible muerte, imaginó sus aullidos llamando a su marido, que en aquellos momentos descendería por el ascensor, encendiendo seguramente un cigarrillo egipcio.

Sus labios se curvaron.

Sached creyó que estaba distraída y decidió jugar su oportunidad. Hizo un gesto para saltar sobre ella, pero Natalie le envió sin parpadear una segunda bala, arrancándole la otra oreja. Sached se puso a aullar, retorciéndose contra la pared, mientras los lados de su cara se convertían en los de una máscara roja.

—¿Os dijo algo antes de morir? —susurró Natalie.

—No pudimos arrancarle una sola palabra.

—Os hubiera dicho cuanto sabía. Monique era una pobre muchacha que se vio envuelta en la tragedia argelina, pero que ansiaba vivir. Vosotros os olvidasteis de interrogarla para aprovecharos de ella, porque era bonita y porque la visteis pura. ¿Sabes lo que eso significa, Sached? ¿Sabes lo que ahora voy a hacer contigo para vengarla?

—No podrás repetir... esos disparos. Han sido... pura suerte.

Otra mosca retozona y gorda había entrado en la habitación. Se acercaba al cadáver. Natalie desvió nuevamente la pistola.

La mosca como la anterior, fue pulverizada en el aire.

Ahora sí que Sached se dio cuenta de que iba a morir. Comprendió que ella no fallaría el tiro, que era un verdadero diablo con la pistola y que ansiaba matar. Se puso a aullar en árabe, mientras se retorció por el suelo intentando ganar la puerta.

Natalie le permitió asir el pomo, para dejar en él un rescoldo de esperanza.

Luego, cuando él abría la puerta, disparó.

La cabeza de Sached saltó hecha pedazos. La bala le había penetrado por la nuca, saliendo a través de su frente.

En aquel momento dos hombres más, también morenos y con aspecto de argelinos, atravesaron el vestíbulo.

Llevaban revólveres en las manos. Vieron a Sached muerto y vieron también a Natalie viva.

No llegaron a ver más.

Uno de ellos gritó:

—¡Perra...!

La bala le atravesó la garganta, saliéndole por la nuca. El otro intentó ser más listo y dio un salto para ganar el vestíbulo y salir de aquella especie de habitación de la muerte. Pero no llegó a poner sus pies más allá del umbral.

Natalie susurró.

—Toma, cariño.

La bala le atravesó el pecho. Era mortal, pero el hombre aún consiguió levantar el revólver. Natalie, entonces, le atravesó el brazo, y el «Ruby» de fabricación española, robado seguramente a algún alicantino de Orán, cayó pesadamente a tierra.

No obstante, el hombre no se dobló aún. Consiguió llegar, en una embestida frenética, hasta la gran ventana.

Allí quedó doblado sobre la barandilla, mientras aullaba:

—No subáis... No... ¡Noooooooo!...

De pronto se retorció, quedando muerto. Natalie vio asomar por uno de los bolsillos una granada de mano.

La tomó delicadamente entre sus dedos y quitó la lengüeta.

Abajo, en la calle tostada por el sol, había tres hombres que acababan de salir de un automóvil negro. Los tres miraban hacia arriba, con expresiones atónitas, no sabiendo qué hacer aún.

Natalie no perdió un segundo.

Antes de que se separaran, dejó caer la bomba.

El artefacto estalló a los pies de los tres con un horrísimo estallido, haciéndolos saltar por el aire. La onda expansiva y la metralla los despedazaron materialmente. No fue como en el cine, donde se ve a veces caer una bomba a los pies de uno sin que le ocurra nada. Aquí fue de verdad. Ninguno de los tres hubiera podido ser reconocido luego.

Natalie paseó una última mirada por la habitación, donde imperaba la muerte, y luego salió con rapidez del edificio de apartamentos vacíos. Nadie la detuvo, y nadie se paró tampoco, en la calle, a contemplar los cuerpos retorcidos de los tres hombres.

Sólo siete minutos después apareció el primer gendarme con un chaleco contra balas y una metralleta.

DOS

La habitación estaba bañada en una suave media luz. Todas las ventanas habían sido cerradas. Hombres armados con metralletas y bombas de mano hacían guardia en la puerta. Eran miembros de la O. A. S.,

la Organización del Ejército Secreto.

En la calle, situada cerca del Forum de Argel, otros hombres vigilaban también. Por ejemplo, el vagabundo borracho que dormitaba en la acera, era un exparacaidista que estaba materialmente forrado de bombas de mano. En el portaequipajes del «Peugeot 404» estacionado junto al bordillo, se hallaba acurrucado un hombre con una ametralladora, dispuesto a saltar a la menor señal de alarma. La mujer que tomaba combinados en un bar próximo, llevaba en el bolso una pistola con ocho balas.

Cualquiera que hubiese intentado penetrar en aquella guarida de la

O. A. S.

habría sido inmediatamente barrido por la metralla y el plomo.

Dentro de la habitación, sin embargo, todo era elegante, fino y hasta selecto.

El general Gardy, impecablemente vestido con traje gris de calle, hablaba a cinco personas reunidas en el local. Cuatro eran hombres jóvenes, y la otra una mujer. La mujer se llamaba Natalie, y como sabemos, ya tenía en las luchas de Argel un horrendo pasaporte de sangre.

El general Gardy decía calmosamente:

—Señores, todos ustedes saben por qué empezamos esta lucha y por qué la continuamos aún después de la captura y encarcelamiento del general Salan. Los militares juramos fidelidad a

Francia y a nuestra bandera, y lo mismo Francia que la bandera francesa han sido pisoteadas y vendidas en Argelia. Por encima de cualquier orden, de cualquier política, está el honor, y nuestro honor nos impide ponernos a la disposición de los que todavía ayer eran enemigos nuestros y a los que prácticamente habíamos vencido en esta guerra.

Después de una breve pausa, necesaria para pasarse la lengua por los labios secos, continuó:

—Pero aún dejando de lado nuestro honor militar y nuestro juramento a la bandera, hay otra importante cuestión. Nosotros entendemos que el pueblo argelino no está preparado para la independencia. Si bien todos los pueblos tienen derecho a la libertad, esto no debe significar que en cualquier momento de su historia puedan adquirirla. En gran parte por nuestra culpa, Argelia ha adelantado poco en el sentido espiritual, del mismo modo que el Congo adelantó poco por culpa de Bélgica. Cuando se trató de conceder la independencia a Marruecos, ningún francés protestó porque Marruecos era, dentro de todo, un pueblo relativamente civilizado, con una autoridad ya tradicional y con un sentido de orden. Argelia, repito que en parte por culpa nuestra, es algo distinto. La revolución argelina empezó con el asesinato de un maestro, y ha seguido siempre bajo esta tónica de violencia y de crimen, hasta dar la sensación a los europeos de Argelia de que serán degollados sin piedad en cuanto la independencia se consiga. Luchamos, pues, por nuestras vidas, y la nuestra es una de esas luchas que sólo pueden conducir a la victoria o a la muerte.

Hizo otra breve pausa, para añadir a continuación:

—Nos gustaría tratar con un gobierno argelino que garantizase el orden, pero ese gobierno no existe. Por otra parte, el general De Gaulle, de tan gloriosa historia, subió al poder con la promesa solemne de resolver el problema de Argelia, y a nuestro entender lo ha resuelto vendiendo a Francia. Por tanto, la lucha debe seguir hasta el fin. Éste es el sentido de mis palabras y esto es lo que quiero que todos ustedes sepan.

A continuación fue hacia la puerta, se colocó unas gruesas gafas que desfiguraban su rostro y dijo finalmente:

—Nuestro compañero Prevost les dará instrucciones.

Prevost era uno de los hombres que estaban en la habitación,

escuchando al general. Se puso en pie al salir éste. Tenía brazos de gorila y una mandíbula demasiado abultada. A Natalie no le gustaba porque Prevost era, sencillamente, un asesino. Estaba con los de la

O. A. S.

porque allí había facilidad de matar, no por otra cosa. Sin embargo, aquella vez Natalie iba a estar de acuerdo con lo que aquel hombre dijera.

Prevost susurró:

—Todos habéis visto el cuerpo de Monique cuando fue llevado a la Morgue, ¿verdad?

El grupo asintió silenciosamente. Prevost añadió:

—Entonces es inútil que os diga que hay que cazar al capitán Brion y que hay que darle lo suyo. No me importan los procedimientos ni me importa nada con tal de que ese hombre caiga en nuestras manos. Lo malo es que él lo sabe y se ocultará como una rata. No habrá ser humano que pueda encontrarlo en la Kasbah de Argel, si los del

F. L. N.

le protegen. Caso de que ahora dispusiéramos de los paracaidistas de Massu se podría dar una batida monstruo y no dejar un centímetro cuadrado por registrar, pero estamos solos. Por eso es necesario dar con alguien que sepa dónde está Brion y hacerle hablar sea como sea.

Uno de los hombres se levantó y dijo:

—Yo sé quién puede conocer el paradero de Brion.

—¿Quién?

—Es un sargento que también se vendió al

F. L. N.

Lo hemos condenado a muerte. Es posible que conozcáis su nombre.

—¿Berrier?

—El mismo.

—Pero no será fácil dar con él —dijo Prevost—. Los mahometanos lo protegerán también. Estará avisado.

—Deberíamos engañarle.

—¿Cómo?

Entonces fue cuando Natalie abrió la boca.

—Yo sé el modo —dijo.

Todos la miraron.

—¿Cuál? —susurró Prevost.

—Berrier está enamorado de mí. Está enamorado de mí a su manera. Quiero decir que le gusto.

—No irá a verte aunque le envíes cien mil cartitas perfumadas. No será tan imbécil.

En cambio puedo ir a verle yo a él. A eso sí que accederá.

Prevost movió de un lado a otro sus ojos de asesino. El sabía lo que ocurría en aquellos casos porque había participado en muchas encerronas. Siempre había una víctima.

No saldrás viva de allí —dijo—. Hará contigo lo que quiera y luego te entregará a los argelinos. Creo que tu destino sería cien veces peor que el de tu hermana. No vale la pena.

Natalie encajó los labios, dibujando en ellos una línea de implacable firmeza.

—De todos modos iré a verle —dijo—. Sólo necesito dos cosas. La primera es un papel para escribir a Berrier y entregarlo a uno de los enlaces en la Kasbah, que de un modo u otro hará llegar hasta él.

—Muy bien. Eso lo tendrás. ¿Y la segunda cosa?

Natalie separó sólo muy levemente sus labios para decir:

—Una bomba de plástico dentro de una maleta.

TRES

Los cuatro hombres llevaban el cadáver del viejo musulmán sobre unas parihuelas. Eran morenos, iban vestidos como unos humildes artesanos de la Kasbah y lanzaban de vez en cuando agudos gritos parecidos a los «yuyuuusss» de las mujeres argelinas. La gente se apartaba a su paso.

Cuando llegaron ante una casa determinada —baja, sucia y con terraza, como casi todas las de la Kasbah— entraron el cadáver arreciando en sus gritos. Los dos hombres que estaban en la puerta les detuvieron y les cachearon concienzudamente, para convencerse de que no llevaban armas. También descubrieron el rostro del muerto para convencerse de que no se trataba de un engaño. Pero no lo era. A juzgar por el hedor, aquel cuerpo llevaba corrompiéndose al menos tres días.

—¿Por qué no lo habéis enterrado de una maldita vez? —Gruñó en árabe uno de los guardianes.

—No nos dejaban traerlo —contestó también en árabe uno de los porteaes—. Todos los caminos hacia la Kasbah estaban cerrados, y queremos que sus familiares se despidan de él.

—Pero ¿quiénes son sus familiares?

—Los Beckeclem.

En un cuartucho junto a la terraza vivían, efectivamente, cuatro hermanos llamados Beckeclem. Habían estado condenados a muerte por sus crímenes en el *bled*^[2], pero después de los acuerdos de Evian se les dejó libres. Como efectivamente, tenían un abuelo que había desaparecido, ninguno de los dos guardianes preguntó más.

Sus ojos se inmovilizaron sobre la mujer que acababa de surgir de una zona de sombras, acercándose a la casa.

Después de ver la piel del viejo cadáver, picoteado por las

moscas, la mujer era como una visión celestial.

Tendría unos veinticinco años y era rubia. Iba cubierta de un ceñido vestido de punto, a pesar del fuerte calor. Llevaba medias y zapatos de alto tacón. El movimiento de sus caderas era ondulante.

Los dos hombres tragaron saliva.

¿De modo que aquélla era la mujer que esperaba Berrier? ¿De modo que tanta suerte tenía aquel cerdo?

La mujer se acercó.

Tenía los ojos grises, implacables y fríos.

Entregó una notita a uno de los guardianes. En ella se leía el nombre de Berrier escrito de su puño y letra. Era como un pasaporte.

Uno de los hombres le arrebató el bolso.

—¿Qué llevas ahí?

—¿Pensáis que voy a entrar aquí con armas? De sobra sé que esto es una fortaleza.

—Hay más de quince hombres con metralletas ahí dentro. Te lo advierto por si intentas hacer alguna jugada.

—¿Qué jugada voy a intentar?

Le devolvieron su bolso, después de revisarlo cuidadosamente.

—¿No vas con nadie más que con Berrier?

—Con nadie más, guapo.

—Tiene suerte ese marrano.

—Toda la suerte que a ti te falta.

La vieron subir escaleras arriba con su paso ágil y elástico. Todo el estrecho portal había estado oliendo a muerte hasta que ella entró; ahora olía sólo a su perfume. El movimiento de las caderas, a cada nuevo peldaño, llegaba a marear.

En la escalera se encontró con los que llevaban al muerto. Éstos se habían detenido.

Uno de ellos metió la mano por entre las ropas sucias, y de éstas extrajo un maletín alargado y chato, que apenas abultaba.

Mientras ellos seguían subiendo, la mujer se detuvo ante una puerta de tablas sin barnizar y llamó con los nudillos.

La abrió el propio Berrier.

Berrier no necesitaba a nadie para las citas de amor, y menos para las citas con una mujer como Natalie. Era un hombre de unos treinta años, más bien bajo y grueso, con los ojos como dos rendijas

sobre las abultadas mejillas. Aquellos ojos recorrieron el cuerpo de la mujer línea por línea.

Ni siquiera prestaron atención al maletín.

—Entra.

Natalie entró. El departamento se componía de una sola pieza, como tantos otros de la Kasbah, y estaba amueblado con bastante confort. Había un diván al fondo, donde seguramente dormía Berrier. Las paredes estaban tapizadas de fotografías de artistas francesas en «deshabillé», sobre todo de Brigitte.

Natalie se sentó en una silla, cruzando las piernas, y Berrier trató de besarla. La muchacha se lo impidió con un suave gesto.

—Calma, cariño.

—No vayas a enloquecerme ahora como hacías siempre, Natalie. Sabes de sobra que me gustas y que no soy de esos tipos a quienes gusta perder el tiempo. Si has accedido a venir aquí es porque te has dado cuenta de que te conviene estar a bien conmigo. No te pongas tonta.

—No pienso ponerme tonta, Berrier, sino todo lo contrario.

En aquel momento se oyeron voces en la escalera. Alguien aullaba que aquel muerto no era el viejo Bekeclem. Se oyeron también golpes y en seguida el estrépito de varios cuerpos al saltar al patio por una de las ventanas de cristales de la casa.

Berrier se puso pálido.

—¿Qué significa esto?

—Que yo sepa, nada de particular —dijo con calma Natalie—. Una cosa muy corriente en Argel. Han traído un muerto.

—¡Pero no es el cuerpo del viejo Bekeclem! ¡Se trata de un engaño!

Los labios de la mujer apenas se movieron.

—Sí, Berrier.

El voló hacia el diván, a cuya cabecera había una pistola. Pero no llegó a alcanzarla, Natalie abrió el maletín con un solo y seco golpe e introdujo la mano en él.

Berrier creyó que dentro había una pistola. Quedó quieto, mientras gruesas gotas de sudor corrían repentinamente por sus mejillas.

Natalie le sonreía sin descruzar las piernas.

—No es una pistola, Berrier. Con una pistola lo único que

conseguiría sería eliminarte a ti, pero sería a mi vez eliminada por los hombres que te rodean. Se trata de algo mucho más sencillo y convincente: Una bomba de plástico.

La mostró, inclinando ligeramente el maletín. Mostró también un pequeño resorte, que movió de izquierda a derecha. Berrier sabía lo que aquello significaba. Era el mecanismo del tiempo. A partir de aquel momento la bomba estaba lista para estallar. Sólo se trataba de dos minutos, tres...

Abrió mucho la boca, emitiendo un ronco jadeo, sin llegar a comprender lo que sus ojos veían.

—Pero... Natalie...

Se oían disparos en aquella zona de la Kasbah. Sin duda los del F. L. N.

perseguían a los cuatro miembros de la O. A. S.

que habían introducido el cadáver. No debían comprender muy bien lo que sucedía, pero el objetivo buscado por Natalie había sido logrado plenamente: La atención estaba dispersa por otros lugares. Nadie se acordaba, en aquel momento, de Berrier y su extraña visitante.

Las facciones del exsargento francés se habían convertido en una máscara brillante por el sudor.

—Natalie... Estás loca.

—¿Por qué había de estarlo?

—Tú también volarás... Esa carga debe ser de schneiderita... Debe haber bastante para hacer volar toda la casa.

—Sí.

—¿Por qué quieres morir?

—Hay una forma de remediarlo, Berrier. En realidad no va nada contra ti. Tú solo eres un intermediario.

—No quiero morir... Dime qué es lo que te propones. Dime a qué viene esta maldita trampa.

La voz de Berrier era más ronca y jadeante cada vez. Apenas podía hablar. Miraba la bomba como un obsesionado.

—¿A cuántos minutos... está eso?

—A tres.

—Ha pasado uno... ¿Qué quieres? ¡Habla! ¿Qué quieres?

—Tú conoces dónde está escondido Brion.

—Debí haberlo imaginado... Tú quieres vengar a tu hermana... Debí haber comprendido que ese interés tan repentino por mí...

—Estás perdiendo el tiempo, Berrier. Van transcurriendo los segundos. Ha pasado ya casi un minuto más.

Berrier quiso tragar saliva, pero no pudo. Tenía la boca espantosamente seca y áspera, como si le hubiesen derramado arena sobre la lengua.

—Eso no puedo decirlo... —jadeó—. Brion es uno de nuestros hombres clave. Si a él le sucede algo, luego me matarán a mí. Soy el único que conoce su dirección en este momento. No puedo... hablar.

—Elige entre morir dentro de unos días o morir ahora, Berrier.

—Repito... que estás loca.

—Y yo repito que pierdes el tiempo como un estúpido. Si lo que quieres es dejar unos segundos para que tus amigos lleguen hasta aquí, me claven una bala en la nuca y arrojen la bomba por la ventana, estás delirando, cariño. Van muy distraídos con los que llevaban el cadáver. Se darán cuenta más tarde de que hay relación entre una cosa y otra, pero hasta entonces ya habrá estallado la bomba. Más vale que emplees tus preciosos segundos en decirme el paradero de Brion. Es la única posibilidad que tienes de salvar la vida.

—Repito... que no puedo hablar.

Natalie miró la bomba. Estaba calculada para cinco minutos en lugar de tres. Ella esperaba que Berrier se asustase y dijera la dirección de Brion. Entonces ella tendría el tiempo justo para saltar por la ventana, lanzando la bomba contra la pared de la casa, y huir.

Era una maniobra arriesgada, pero no suicida.

Los segundos estaban medidos cuidadosamente. El plano de la casa había sido revisado una docena de veces. Varios hombres de la O. A. S.

apostados en las azoteas abrirían fuego al buen tuntún para distraer la atención. Esto, unido al espantoso tumulto de la bomba, haría que nadie se acordase de ella.

Sólo faltaba que Berrier se asustara precisamente al cumplirse los tres minutos.

Lo vio transpirar como un condenado. Su piel entera parecía

disuelta bajo la espesa capa de sudor.

—Deben faltar treinta segundos —dijo con suavidad.

—Natalie... ¿Qué harás si hablo?

—Lanzaré la bomba por esa ventana. No creas que tengo interés en morir. Se la cargarán los hombres que tienes de guardia abajo, pero supongo que la vida de esos perros te importa a ti poco.

—No puedo decir..., no puedo...

—No es una trampa, Berrier. Estoy hablando en serio. Tú conoces bien estas bombas. Quedan veinte segundos para que saltemos hechos pedazos.

—Brion vive en... en...

—¡Habla!

Berrier no se atrevía a decir las palabras decisivas. Jadeó angustiosamente, como si no pudiera respirar.

—Rué Lafay...

—¿Rué Lafayette?

—Sí..., sí... El veintio...

Natalie apretó los puños.

El 28 rue... Lafayette. Ya tenía bastante.

Fue a saltar hacia la ventana, pero en ese momento sonó un chasquido en la bomba.

Un mecanismo fabricado en casa nunca puede ser exacto. Los cinco minutos se habían convertido en tres y medio. Natalie y Berrier lanzaron al mismo tiempo un angustioso grito.

Y fueron juntos al Más Allá.

Una explosión horrible hizo estremecer la casa, que instantes después saltaba convertida en pavesas.

CUATRO

El hombre estaba tumbado en el suelo, entre un montón de chatarra. Llevaba unas ropas arrugadas y sucias, aunque en otro tiempo debieron ser cortadas y cosidas por un buen sastre. Su mano derecha sostenía una botella.

Eructó.

Vio venir hacia él a la mujer por aquella calleja del barrio de Belcour. Una mujer europea vestida de negro.

La mujer se detuvo ante él y lo examinó. Vio los pantalones y la americana sucios y grasientos. Vio el cuello de poderosos músculos y las manos capaces de matar a un hombre. Vio los ojos grises, fríos, implacables, que no eran los de un borracho.

El hombre también la miró a ella.

Vio las maravillosas piernas enfundadas en medias negras y sostenidas por unos zapatos de altísimo y audaz tacón. Vio la falda tubo, estrecha y ceñida. Vio también la blusa muy escotada, y encima de la blusa el nacimiento del largo cuello de cisne y los ojos azules que le miraban fijamente.

—Te sienta bien el luto —fue todo lo que se le ocurrió decir—. Felicidades.

—¿Encima me felicitas?

—Hay que tener alguna frase amable para las mujeres, ¿no?

—¿Sabes que mis dos hermanas han muerto? ¿Sabes que ya no existen Monique ni Natalie?

—Pero tú, Jacqueline, sí que existes. Y uno se alegra al comprobarlo, cuerno.

—Vamos a hablar en serio, Marcel. Quiero darte trabajo.

—Está bien. Hablemos en serio.



Natalie disparó inmediatamente

2 - O.A.S.

El hombre se puso en pie, tambaleándose un poco. Dejó caer la botella al suelo y se apoyó en una de las paredes de la calleja.

—Leo los periódicos —dijo—. Me enteré de lo de tus dos hermanas, y supuse que Natalie había muerto porque estaba buscando a alguien. Imaginaba que, después de eso, tú vendrías a verme.

—He venido a verte porque tú eres el mejor perro olfateador de todo Argel. Pero quede bien claro eso entre nosotros: No he venido a buscar un hombre, sino un perro.

—Me haces muy feliz.

El hombre se pasó por la boca el dorso de una de sus manos y añadió roncamente:

—De todos modos no me hablabas así cuando estábamos en París. Entonces era todo muy distinto.

La muchacha, que debía tener sólo unos veintidós años, le recorrió lentamente con sus ojos azules, desde los zapatos deslucidos hasta la punta de los cortos cabellos que quizá en varios días no habían visto un peine.

—Claro que era distinto •—susurró—. Muy distinto, Marcel. Entonces tú eras un estudiante de ingeniería y pensabas especializarte en artillería naval. Yo estudiaba Farmacia. Me llevabas a los bares del *boulevard* Saint Michel y de vez en cuando me regalabas libros comprados a las orillas del Sena. Pero cuando este maldito lío de Argelia empezó, tú lo abandonaste todo. Te convertiste, sin dar explicaciones a nadie, en un borracho de la Kasbah, en un pervertido, en un indeseable. Yo he pensado que fue por una mujer.

El dijo roncamente:

—Sí.

—¿Qué clase de mujer?

—No la menciones. Está muerta.

Jacqueline apretó los labios.

—Debiste quererla mucho...

—¿Y qué? Las mujeres son como la espuma de la cerveza. Uno nunca puede beberla del todo. Hay que olvidarlas, y yo a aquélla la he olvidado bien. Al diablo.

Los ojos de Jacqueline le envolvieron en una mirada de desprecio.

—Sí. Ya veo que la has olvidado *bien*.

—¿A qué viene ese tono? ¿Vas a reprochármelo ahora? ¿Has venido a eso? Entre tú y yo jamás hubo nada. Eras..., ¿cómo te lo explicaría?..., una señorita fina cuyos padres vivían en Argel. A mí me revientan las chicas finas. Me he acostumbrado a lo vulgar, ¿sabes?, y me derrito por las sucias bailarinas moras. Ellas dan a un

hombre lo que quiere, todo lo que quiere... Pero no hablemos de tonterías. Tú has dicho que necesitabas un perro, y el perro está aquí. ¿A quién quieres que busque? ¿Qué rastro de pies sucios debo olfatear?

—Nadie conoce Argel como tú.

—Muy bien, en eso estamos de acuerdo. De borrachera en borrachera me he llegado a conocer la ciudad estupendamente, sobre todo los tugurios y los sitios donde no entran las chicas decentes y limpias como tú. Maldita sea, habla de una vez. ¿Qué quieres?

—Tienes que encontrar a un hombre.

—¿Quién?

—El capitán Brion.

Marcel lanzó un silbido.

—Vaya, no te andas por las ramas.

—Sé que es difícil y por eso te he buscado a ti.

—Brion es uno de los hombres mejor guardados de Argel en estos momentos. Todo el

O. A. S.

le busca y todo el

F. L. N.

le protege. Una delicia. ¿Y quieres que yo me meta en medio?

—Sólo tú puedes lograrlo, Marcel.

—¿Qué ganaré si lo consigo?

En los ojos de la muchacha hubo un brillo de esperanza.

—¿Aceptas?...

—Alto, alto... No he dicho aún una palabra sobre aceptar. Sólo pregunto cuánto ganaré si lo logro.

—Pongamos diez mil francos nuevos.

—Es poco.

—Con diez mil francos nuevos puedes comprar todo el alcohol de Argelia, Marcel. Y puedes invitar a todas las cochinas bailarinas moras que te plazca.

El apenas movió los labios para decir:

—Quince mil.

—Está bien. Aceptado. Pero nada de anticipos. No quiero que tomes el primer avión para Dakar, Nigeria o el fin del mundo.

—Sabes que soy un caballero y un hombre de honor —dijo

Marcel haciendo una exagerada reverencia—. ¿Y qué hago con el capitán Brion en cuanto le eche la vista encima? ¿Lo mato? Sabes que no es la primera vez que cobro por matar. Pero mi tarifa entonces sube un poco, sobre todo teniendo en cuenta la calidad de la pieza. Serían cincuenta mil francos.

—Eso es una locura.

—No sabes a qué precio se ha puesto el *whisky* bueno por aquí, nena... Y lo que uno gasta cuando de tarde en tarde le gustan las bailarinas limpias.

—No voy a encargarte la muerte del capitán Brion. Sólo quiero que des con su pista, no importa dónde ni cómo. Tiene que estar en Argel y tú has de hallarlo. Un hombre llamado Berrier conocía su paradero, pero ha muerto despedazado. Mi hermana también... Tienes que encontrarlo.

—¿Y qué harás cuando haya dado con su paradero?

Jacqueline desvió los ojos para susurrar:

—Lo mataré yo misma...

CINCO

Con unos misteriosos morteros emplazados en los patios del barrio europeo, los hombres de la

O. A. S.

estaban bombardeando los distritos musulmanes. Las granadas silbaban por encima de los tejados e iban a estallar en el zoco donde los mahometanos se reunían. Como casi todos los que manejaban los morteros eran antiguos militares, sus disparos eran certeros y causaban entre los argelinos una mortandad.

A un paso de la paz, la guerra era más cruel e implacable que nunca en Argelia. Los hombres morían sin saber cómo ni por qué en mil emboscadas salvajes que no perdonaban a nadie, hombres, mujeres o niños.

Jacqueline se llevó las manos a la cabeza, horrorizada, mientras las granadas de los morteros eran disparadas a pocos metros de ella.

—Esto es horrible... —gimió—. Van a matar a seres inocentes... ¡Detengan el bombardeo! ¡Deténganlo! ¡Es una salvajada!

Prevost, que la había llevado hasta el emplazamiento secreto de los morteros, la miró con rabia.

—Pero ¿qué dices? ¡Estamos matando a los asesinos de tus hermanas! ¡Estamos liquidando a todos los criminales de Argelia!

—¡Los viejos y las mujeres que pueda haber en el zoco no son criminales! ¡Nos estamos poniendo a su nivel! ¡Somos unos asesinos!

Prevost aulló:

—¡Calla!

Los hombres que manejaban los morteros, algunos de ellos ex legionarios, les miraron. En ese momento oyeron todos sobre los tejados del distrito el ruido inconfundible de un avión que volaba a

baja altura.

Las fuerzas del Gobierno estaban intentando localizar el emplazamiento de los morteros, emplazamiento que variaba casi cada día. En cuanto los hubieran localizado, fuerzas de la gendarmería acudirían inmediatamente hacia allí y acordonarían la zona, sin dejar escape para nadie.

Por tanto, todos actuaron febrilmente.

El bombardeo cesó.

Los hombres cubrieron los morteros con grandes pilas de cestos como los empleados para transportar fruta. Dos minutos bastaron para que el patio donde se desarrollaba aquella mortal actividad pareciese la parte trasera de un almacén sin importancia. Todos los hombres se esfumaron, e incluso Prevost sujetó a Jacqueline para sacarla de allí. El helicóptero sobrevoló el tejado a muy poca altura, deteniéndose apenas a unos metros por encima de los morteros camuflados, pero no pudo ver nada sospechoso. En el laberinto de tejados y patios de Bab-El-Oued resultaba casi imposible descubrir a los tiradores. Apenas unos segundos después continuaba su vuelo en otra dirección, perdiéndose de vista.

Pero Prevost no estaba tranquilo. No podía saber si aquel helicóptero había enviado un mensaje por radio.

—Hay que sacar todo esto de aquí —ordenó—. Vamos, ocultadlo.

Una tapa que daba a un pozo fue abierta. Aquel pozo exhaló en seguida un olor repelente, pues comunicaba con las sucias alcantarillas de Argel. Los morteros de calibre ligero fueron bajados por allí, valiéndose de unas fuertes correas que ya estaban acopladas a los mismos.

Prevost susurró:

—Bueno, ya está. Ahora hemos de largarnos.

Todos se dispersaron. La muchacha sintió que él la tomaba por un brazo y que la sacaba a través de una puertecilla oscura. Las calles estaban silenciosas en aquella parte, aunque ambos sabían que caminaban por un auténtico cementerio y que en cualquier momento podía estallar la violencia. Penetraron en un portal solitario.

—No hay derecho —jadeó Jacqueline—. Es absurdo lo que hacéis.

—*Lo que hacemos.* Tú también perteneces a la
O. A. S.

—Y he colocado bombas, pero sólo ha sido en estaciones de la policía y en edificios oficiales. Al fin y al cabo los hombres que estaban allí cobraban para morir. Los árabes que van al zoco no. Eso es distinto. Matándoles no llegaremos a ninguna parte.

—Matando y solo matando han llegado los del
F. L. N.

a conseguir la independencia.

—Porque Francia está muerta, pero...

—... Pero nosotros estamos vivos —dijo Prevost secamente—, y antes de que los argelinos nos corten el gaza queremos dejar huella de nuestro paso.

Oyeron gritos y tableteo de ametralladoras cerca de allí. Los gendarmes perseguían a alguien que se había ocultado tras un «Dauphine». Estalló una granada de mano y luego se oyeron gritos de agonía.

Jacqueline estaba ansiosa. Le costaba respirar.

Notó las manos de Prevost en la cintura y su aliento cálido en la nuca.

—Déjame.

—Jacqueline...

—He dicho que me dejes. No te he dado la menor confianza para que creas tener el menor derecho sobre mí.

—Hemos peleado juntos en muchas ocasiones, Jacqueline. A mí me gustaba tu hermana Natalie, pero tú eres mucho más bonita. Además, qué diablos, te sienta bien el luto. ¿Crees que he venido a buscarte solo para que vieses dónde están emplazados los morteros? ¿Me tienes por un imbécil?

—No eres tú el único hombre que me ha dicho que me sienta bien el luto —le cortó secamente ella.

—Entonces es que hay otro...

—A ti no te importa.

Las manos de Prevost la sujetaron por la cintura, apretándola. Ella se desasíó violentamente, pero comprendió que nadie la ayudaría si él, en aquel pedazo del infierno, intentaba forzarla.

En aquel momento la boca de una metralleta asomó por el portal.

—¿Qué ocurre?

Un gendarme les encañonaba. Tenía miedo y por eso mismo era doblemente peligroso, ya que estaba dispuesto a disparar contra cualquier sombra. El dedo le temblaba en el gatillo.

Prevost tuvo serenidad.

—Nada, agente. Están ustedes de caza, ¿eh?

—Hemos matado a uno del

O. A. S.

que se ocultaba tras un «Dauphine». Antes él ha herido a dos de nosotros con una bomba. Pónganse de cara a la pared y apoyen las manos en ella.

—Oiga, nosotros...

—¡He dicho que apoyen las manos en la pared! ¡Obedezcan o disparo!

Se veía que no hablaba en vano. Prevost obedeció, y Jacqueline hizo lo mismo. Inmediatamente entró otro gendarme, éste llevando una pistola. Tenía un aspecto mucho más tranquilo que su compañero y en seguida se fijó en las curvas de Jacqueline. Le brillaron los ojos.

—A lo mejor llevan armas. Hay que cachearlos.

Fue él quien lo hizo. Empezó por Jacqueline, recreándose en la tarea. La muchacha tuvo que sentir las manos en su cuerpo, allí donde el gendarme quiso. Jamás había sufrido una humillación semejante, y lágrimas de rabia rodaron por sus mejillas. El de la metralleta tuvo que decir a su compañero:

—Eh, tú, aligera.

Prevost dijo con voz suave:

—Le mataré por esto.

—¡A callar!

El fue cacheado también. Ninguno de los dos llevaba armas, pues los miembros de la

O. A. S.

tenían buen cuidado de no dejarse sorprender. El gendarme de la pistola susurró:

—Podéis largaros. Pero cuidadito...

Los dos salieron presurosamente.

—Vamos a mi casa —dijo Jacqueline—. No quiero estar en Bab-El-Oued un minuto más.

—Mejor será que nos detengamos en algún bar que por casualidad esté abierto. Para llegar a tu casa habrá que bordear el barrio árabe, y allí las cosas estarán muy graves. Al primer europeo que pesquen lo degüellan...

Jacqueline musitó:

—Tienes razón.

Lo que ella ignoraba era que en aquel momento un europeo estaba atravesando los barrios indígenas de Argel. Un europeo a quien ella conocía.

* * *

Marcel vio venir a los dos hombres hacia él en la calleja solitaria. Vio que llevaban las insignias blancas y verdes del F. L. N.,

pero no fue eso lo que más le llamó la atención.

Lo que le preocupó desde el primer momento fueron sus cuchillos.

Grandes y sólidos cuchillos de degollar, un tajo de los cuales podía separarle la cabeza del tronco.

El no llevaba pistola porque sabía que un disparo llamaría demasiado la atención. Lo mejor en casos así era obrar silenciosamente. Por eso metió la mano bajo su mugrienta camisa y extrajo una navaja española de más de quince centímetros de hoja. Ésta saltó, silenciosa como la lengua de una serpiente, bajo la presión del poderoso muelle.

Los dos argelinos cayeron a la vez sobre él.

Marcel no los conocía, como ellos no lo conocían tampoco. Sencillamente, se trataba de un europeo, y ellos querían sangre europea de la clase que fuera. Lo mismo importaba un francés, que un español, que un inocente noruego. Lo importante era ver la sangre correr sobre la piel blanca.

Pero Marcel no estaba dispuesto a que aquella piel fuera la suya.

La ley de la selva imperaba en Argel, y él tenía que comportarse como una fiera si quería sobrevivir.

Hizo una finta, esquivando al primer africano. La hoja de acero de éste pasó lejos. Marcel saltó de nuevo y quedó en el centro de la calle. Sus dos enemigos se volvieron, sorprendidos, porque no esperaban en él aquella habilidad para luchar. Marcel no perdió un

segundo y fue ahora él quien se lanzó al ataque.

La navaja española buscó el corazón de su primer enemigo, hallándolo con facilidad cuando Marcel fingió ir a dar un golpe con la izquierda y se lanzó a fondo con la derecha. La herida no fue muy profunda, pero sí lo bastante para atravesar el miocardio del africano. Éste cayó hacia atrás sin lanzar un grito, con una expresión de terror en el rostro. El segundo se lanzó a fondo, como un ciego, y su cuchillo de degollar recorrió todo el brazo derecho de Marcel, rasgándole la manga y arrancándole una extensa tira de piel. El europeo lanzó un grito al sentir un dolor vivísimo, y tuvo la suficiente serenidad para hacer una finta en lugar de lanzarse a fondo él también, que era lo que el argelino esperaba. Marcel vio que su enemigo daba un traspiés y no perdió el tiempo. De un solo tajo le seccionó la yugular, enviándolo al suelo lanzando aullidos y con el cuello convertido en un manantial de sangre.

Marcel limpió la navaja en las ropas de uno de los muertos y de pronto levantó la mirada.

Un hombre del

F. L. N.

estaba ante él.

Éste también llevaba una insignia blanca y verde, pero además lucía una rugosa guerrera militar. Le estaba apuntando con una metralleta ligera.

Marcel sabía que no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir si el otro apretaba el gatillo. Su navaja de nada serviría ante el chorro de balas de la metralleta, manejada por un hombre que estaba apenas a seis pasos. Pero el argelino no apretó el gatillo.

Al contrario, sonrió.

—Por poco le matan esos locos —dijo.

—Sí. No me ha quedado más remedio que despacharlos yo para salvar la piel. Estaban decididos a arrancármela.

—Eran unos imbéciles —gruñó el del

F. L. N.

sin dirigir a sus compatriotas muertos más que una mirada superficial—. Hubieran matado a cualquier tipo de piel blanca que se presentase aquí, aunque fuese su propio padre. ¿A quién has venido a ver, Marcel? ¿Al capitán Brion?

Marcel asintió silenciosamente.

SEIS

El ex capitán Brion era un tipo no muy alto, más bien delgado, con facha de militar del siglo diecinueve, vestido impecablemente y luciendo un fino bigotito. Sonrió al ver entrar a Marcel.

Éste llegó acompañado por el argelino de la metralleta y por otro más. El cuarto donde estaba Brion era pequeño, oscuro y olía mal, como casi todos los del barrio indígena. Olía peor aún porque seguramente aquel cuarto era frecuentado por mujeres argelinas, y los pesados perfumes que éstas usan aún parecían desprenderse de las paredes. En un rincón había un diván y un espejo. Todo allí, sin que se supiera bien por qué, olía un poco a decrepitud y a vicio.

Brion dijo:

—¡Vaya! Mi buen amigo Marcel... El hombre a quien el Gobierno del respetado general De Gaulle ha ordenado protegerme. ¿Qué buscas aquí? ¿Qué quieres?

—Necesitaba verte, Brion.

—Está bien, siéntate.

El de la metralleta dijo:

—Se encuentra en forma. Ha matado a dos hombres. Me gustaría que viese los pinchazos tan suaves que tienen, capitán.

Brion extrajo cigarrillos egipcios y tendió el paquete a Marcel. Aquellos cigarrillos tenían un aroma espeso como el que parecía ya flotar en la habitación. Mareaban.

Brion dijo:

—Tengo mujeres moras. He descubierto una muy guapa y que vale la pena. ¿No quieres conocerla?

—De mujeres he de hablarte, Brion.

—¿Sí?

—Supongo que ya imaginas quién es la que te persigue.

Brion enarcó delicadamente una ceja.

—¿Jacqueline?

—Ajá.

—¿Y qué quiere esa loca? Busca vengar a sus hermanas, ¿no? En la muerte de Natalie yo no tuve ninguna culpa.

—Pero sí en la de Monique.

Brion no pareció emocionarse demasiado ante el recuerdo.

—Aquello era necesario. Los del

F. L. N.

me lo exigían. Querían interrogar a Monique para saber dónde estaba el general Gardy y otros importantes miembros de la O. A. S.

Marcel guardó silencio.

Nadie hubiera podido adivinar por su rostro ni por sus ojos grises qué clase de pensamientos atravesaban su cerebro.

Era como una máscara.

—De un modo u otro, Jacqueline quiere vengarse —susurró, después de unos instantes de silencio.

—¿Y qué piensa hacer?

—Me ha contratado para que dé con tu paradero.

Las cejas de Brion se alzaron, incrédulas, y de pronto empezó a reír. A pesar de que estaba delgado, tuvo que sujetarse el vientre con ambas manos porque éste se movía exageradamente. Estuvo casi un largo minuto riendo, y cuando terminó había lágrimas en sus ojos.

—¿De modo que te lo ha encomendado a ti? ¿Precisamente a ti, el hombre que tiene que protegerme?

Otra vez el rostro de Marcel parecía una máscara.

—Así es —dijo.

—¿Y qué piensas hacer?

—Eso eres tú quien tiene que decidirlo, Brion. Desde que empecé a trabajar para el Gobierno como agente especial, en 1955, he tratado a muchos hombres y he tenido que matar a varios de ellos; pero tú eres un caso especial.

—¿Especial por qué?

—¿Y lo preguntas? Has sido un traidor a Francia y, sin embargo, el Gobierno francés tiene interés en proteger tu vida. Los del

F. L. N.

te han nombrado uno de sus representantes, y los del general De Gaulle temen que tu muerte pueda agravar más la ya difícilísima situación. Se da contigo una de esas paradojas de la vida política, que es toda ella una mentira, como cuando dos enemigos irreconciliables se estrechan la mano porque les conviene a los dos. No sé si Francia te exigirá algún día responsabilidades, pero ahora el Gobierno me paga para que aleje cualquier peligro de ti.

—Francia nunca me pedirá responsabilidades —rió Brion—. Yo, un ex capitán, trato ahora a los generales franceses de igual a igual. No han sabido o no han querido luchar, y justo es que ahora paguen las consecuencias. Yo seré alguien en el nuevo ejército de Argelia. Nadie se atreverá a pedir responsabilidades a un hombre que podrá enviar miles y miles de soldados a morir donde a él le plazca. Y tú, Marcel, serás mi guardaespaldas. A ti también te espera un magnífico porvenir. Tendrás dinero y tantas mujeres parecidas a Jacqueline como te apetezca.

Marcel envió al aire una bocanada de humo de su cigarrillo egipcio.

—Es posible —susurró.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Marcel después de unos instantes de silencio.

—Eso eres tú quien ha de decidirlo.

—Jacqueline es un peligro grave... No por ella en sí misma, sino porque con su belleza mueve a los hombres. Cualquier tipo de la O. A. S.

enamorado de ella irá hasta el mismo infierno para matarme si es preciso. Yo creo que convendría eliminarla, aunque...

—¿Aunque qué?

Brion había entornado los párpados.

—Ella sabe muchas cosas —musitó—. Sabe probablemente más que su hermana Monique. Si le interrogáramos, llegaríamos a saber dónde están los altos cargos de la

O. A. S.

Sería un servicio inestimable que yo prestaría al nuevo pueblo de Argelia y que me recompensarían debidamente. Además... —rió—, prestaría un gran servicio a la misma Francia. ¿No se pretende eliminar a la

O. A. S.

porque entorpece las negociaciones de paz? Pues puede que en esa chica esté la clave, o al menos una parte de ella. Creo que lo más prudente será traerla aquí. ¿Cuándo vas a verla, Marcel?

—Es posible que esta misma noche.

—¿Dónde?

—En un bar cercano al Forum, Ella vive en aquella zona.

—Conviene que la entres en la Kasbah.

—Eso será difícil, ¿no?

—No será difícil si tú se lo propones. Tiene que caer viva en nuestras manos esta misma noche, y si entra en la Kasbah ya no podrá escapar. ¿Has comprendido bien? Fija tú mismo la hora.

Otra vez era imposible ver lo que pasaba tras los ojos grises e implacables de Marcel.

—¿Qué te parecen las ocho de la tarde? Conviene que nos movamos antes del toque de queda.

Otra vez Brion entornó los párpados y convirtió sus ojos en dos rendijas, mientras sonreía.

—Conforme —musitó—. Claro que sí... Conforme...

SIETE

Jacqueline se acercó al gendarme que montaba guardia en el edificio de la prefectura, junto a las ventanas de las habitaciones de servicio, y se puso un cigarrillo en los labios.

—¿Fuego?...

El gendarme titubeó:

—No puedo, *mademoiselle*, lo siento. Estoy de serv...

Dos siluetas se despegaron de la zona de sombras que rodeaba al edificio, mientras el gendarme titubeaba. Un pesado saquito de arena se desplomó sobre su nuca. El hombre cayó como fulminado.

El gendarme que vigilaba en la otra esquina —todo el edificio estaba materialmente rodeado— había visto aquello. Lanzó un grito y preparó su metralleta, pero no llegó a usarla.

Detrás de él saltó un hombre de la

O. A. S.

Aquel hombre era Prevost. Blandió un puñal y lo clavó hasta las cachas en la espalda de su víctima.

Ésta cayó sin exhalar un gemido.

Tres sombras más descendieron de una furgoneta que, en aquel momento, con exactitud de segundos, acababa de detenerse allí. Las tres sombras llevaban grandes paquetes. Jacqueline indicó las ventanas del piso bajo.

—Por allí.

—Pronto... —jadeó Prevost—. Todo esto tiene que saltar. Mañana llega el nuevo prefecto y hay que prepararle un buen recibimiento. Tiene que encontrar su edificio hecho pedazos.

Los tres hombres saltaron con las cargas de plástico. Un hombre de mediana edad, bigotudo, un poco con aspecto de gendarme de opereta, asomó casualmente la cabeza por una de las ventanas. Un

miembro de la

O. A. S.

que estaba al acecho, le golpeó con el saquito de arena. Se oyó un sordo chasquido, y el hombre quedó inerte.

Prevost susurró:

—¡Diablos! Es el propio general Luquesne...

—Pues va a saltar hecho pedazos —advirtió uno de los terroristas—. Dentro de dos minutos estallarán las cargas.

—Antes sacad a ese gendarme de aquí —suplicó Jacqueline, señalando aquél al que había pedido fuego—. No es más que un pobre muchacho. No hay razón para que muera.

—Tú siempre con tus idioteces —gruñó Prevost—. ¡Vamos! ¡Hay que largarse de aquí!

—Si no os lleváis vosotros a ese gendarme soy capaz de llevármelo yo cargado sobre mis propios hombros.

Dos terroristas, para no perder tiempo en discusiones que podían resultar fatales, lo tomaron uno por los sobacos y otro por los pies, y lo arrojaron detrás de un coche estacionado frente a aquella cara lateral del edificio. Luego subieron todos rápidamente a la furgoneta que les estaba esperando con el motor en marcha.

Todo aquello había sucedido en menos de tres minutos y con una absoluta precisión, como si cada hombre fuera la pieza de un engranaje perfecto, que no fallase nunca.

Las cargas de plástico no estaban demasiado bien colocadas, pero el efecto que iban a causar era el mismo. Estallaron apenas treinta segundos después, cuando la furgoneta giraba la próxima esquina. Un fragor horrrisono se dejó oír en todo el distrito, mientras se derrumbaba un ala entera del edificio.

La furgoneta entró en un garaje, donde ya la estaban aguardando.

Sus ocupantes dejaron allí todas las armas, incluido el saquito de arena, y cambiaron a otra furgoneta color rojo, muy parecida a las usadas por los bomberos, que salió de allí dando golpes de claxon. No hubo un solo coche que no les cediera la preferencia de paso. Veinte minutos después la furgoneta estaba cerca de la playa, bajo las primeras sombras de la noche.

Sus ocupantes descendieron.

Un «Versailles» azul salió lentamente de la playa de

estacionamiento de un bar lujoso, pero de mala reputación, y se acercó al grupo. Los cargó a todos y retornó a Argel por un lugar completamente distinto.

La furgoneta color rojo quedó allí. Eso no tenía la menor importancia, puesto que acababa de ser robada aquella misma tarde.

Prevost dijo, pasándose la lengua por los labios resecos:

—Ha sido un buen golpe. La prefectura salta por los aires antes de que el nuevo prefecto llegue. Ya me parece estar viendo los titulares en los periódicos de todo el mundo. Lo que siento es que no puedan dar los nombres de los que hemos hedió ese trabajo.

Jacqueline susurró:

—Todo esto es como una pesadilla...

—¿Por qué ha de serlo? —musitó Prevost—. Argel se ha convertido en la selva, y aquí el que no mata muere. A mí me gusta la selva, muchacha. Me gusta, sobre todo, una selva donde haya muchas tigresas como tú.

—Déjame, Prevost. Estoy cansada de todo esto.

—Pues la cosa no ha hecho más que empezar, muchacha. Tenemos que hacer lo mismo que hicieron los del
F. L. N.:

Convertir Argelia en un inmenso cementerio. No hay otra táctica.

—Afortunadamente, todos los de la

O. A. S.

no son como tú, Prevost —musitó Jacqueline.

Pasaban en aquel momento muy cerca de una de las entradas de la Kasbah, y faltaban sólo minutos para el toque de queda. Jacqueline, que iba sentada junto al conductor, pidió:

—Déjame aquí, Pierre.

—¿Junto a la Kasbah? ¿Te has vuelto loca?

—Me está esperando un hombre. Quiero dar con el asesino de mi hermana cueste lo que cueste, y ese hombre me conducirá hasta él.

—¿Esperas tener tanta suerte?

—Espero pagarle a Brion un ataúd forrado de piel de perro.

Descendió al detenerse el «Versailles». Marcel estaba cincuenta yardas más allá, junto a la entrada de la Kasbah, que ascendía en pendiente con su bullicio trágico, con sus mil olores entre los que

predominaba el dé la muerte. Las patrullas militares con las armas preparadas se disponían a hacer respetar el inmediato toque de queda.

Marcel iba tan mal vestido como siempre y tenía todo el aspecto de haber salido de una borrachera, pero sus ojos grises implacables miraban con la obsesionante fijeza de los ojos de un tigre.

—Siento haberme retrasado —musitó Jacqueline.

Estaba tan fresca y bonita como si llegara del salón de belleza, en lugar de venir de hacer saltar en pedazos uno de los edificios más importantes de Argel.

—Sabía que llegarías de todos modos —susurró el hombre.

—¿A dónde vas a llevarme? ¿Por qué me has citado en la Kasbah?

—He dado con la pista de Brion.

La mano de la muchacha apretó con fuerza uno de los musculosos brazos del hombre.

—¿Estás seguro? —susurró con voz velada.

—¿No tengo fama de ser uno de los mejores perros de presa de toda la zona de Argel?

—Sí... Si tú dices que has encontrado la pista de Brion, así debe ser. Pero esto es demasiado imprevisto, Marcel. Debiste dejar que advirtiera a mis amigos. No sé qué voy a hacer en cuanto me vea frente a ese buitre. No llevo armas...

—Con Brion no las necesitarás. Vas a matarlo de un modo muy especial, Jacqueline. Vas a matarlo con tus propias manos...

Ella se estremeció.

—¿Es que estará solo?

—Seguro.

En aquel momento sonó el toque de queda. Las abigarradas calles de la Kasbah quedaron desiertas. Los pequeños talleres familiares, las tiendecillas, los bares donde se fumaba grifa y los *cabarets* hediondos donde había bailarinas de quince años cerraron en un santiamén. De pronto toda aquella calle abigarrada, multicolor, peligrosa, cambió de aspecto para convertirse en la avenida de un cementerio.

Marcel apretó ahora el brazo de la muchacha.

—Hemos llegado —musitó.

La casa que él señalaba era un *cabaret*. Se entraba por una

puertecilla lateral. Había allí pegados unos cuantos carteles donde se representaba a mujeres sin ninguna ropa, sonriendo al espectador.

—¿Esto? —musitó Jacqueline.

—Sí. Entra.

Dentro se veía una sala grande, con veladores bajitos estilo moro, y una pista para baile. Había numerosos cojines adamascados. Flotaba en el aire un perfume penetrante, oriental, que llegaba a marear.

Jacqueline musitó:

—Nunca creí que...

—¿Dónde pensabas encontrar a Brion? ¿En una iglesia?

—No, pero... Esto me produce una sensación extraña, Marcel. Parece uno de esos antros miserables donde se corrompe a las niñas. Nunca había entrado en un lugar así.

—Porque no conocías Argel.

En ese instante una voz susurró a su espalda:

—No, no conocías Argel.

Jacqueline se volvió como si hubiera oído el silbido de una serpiente.

Detrás de ella, apareciendo por entre unas cortinillas rojas, estaba Brion.

Brion, acompañado de seis argelinos empuñando armas.

OCHO

No había escapatoria.

La mirada de Jacqueline trazó un desesperado círculo buscando una salida, pero se dio cuenta de que estaba bien metida en la encerrona. El *cabaret* no tenía más que una salida, junto a la cual estaban Brion y los argelinos. Y no era eso lo peor.

Se dio cuenta de que Marcel sabía aquello. De que era Marcel el que la había traído hasta aquí, el que la había vendido.

Un violento acceso de ira la acometió. Dirigió sus manos al rostro del hombre y le arañó con todas sus fuerzas. Marcel no se movió ni siquiera cuando la sangre saltó junto a sus párpados.

—¡Cochino! ¡Canalla! ¡Hijo de perra!

Los argelinos saltaron sobre ella sin que Marcel se moviera. La manosearon y la estrujaron como bestias, recreándose en todos los detalles de su cuerpo. Jacqueline no gritó porque ni siquiera deseaba darles esa satisfacción. Brion tuvo que apartarles porque si no tal vez la hubiesen ultrajado allí mismo. En su mano derecha empuñaba un revólver.

—¡Atrás, perros!

Uno de los africanos se revolvió furioso, sin soltar del todo a Jacqueline.

—¡Cállate, imbécil! ¡Tú no eres nadie para darme órdenes!

Brion disparó fríamente sobre él.

La cabeza del argelino saltó hecha pedazos, y su sangre salpicó el vestido de Jacqueline, que ahora sí que lanzó un grito de horror.

Marcel tampoco se movió.

Los otros soltaron inmediatamente a la chica.

—¡Llevala al sótano!

Jacqueline fue levantada en volandas, y los hombres que la

transportaban descendieron por unas escalerillas. Marcel vio sus hermosas piernas surcar el aire. Intentó cazar con sus afilados tacones a alguno de sus aprehensores, pero lo único que consiguió fue obsequiarles con un espectáculo que ni en el mejor *cabaret* de Argel se había visto nunca. Riendo y lanzando aullidos la condujeron hasta el sótano.

Éste consistía en una espaciosa habitación, de paredes desnudas, con una silla en el centro. Nada más. Las paredes aún estaban impregnadas de la sangre de hombres que habían sido ejecutados allí, y el aire enrarecido olía a ropa sudorosa y a cadáver en descomposición.

Sin embargo, Jacqueline se tranquilizó.

La existencia de una sola silla indicaba que no pensaban ultrajarla, al menos por el momento. Si lo pensasen, la habrían conducido a otro sitio.

La hicieron sentarse y le ataron las manos y las pantorrillas a las patas del mueble. Sus medias estaban ya completamente rotas. Se dio cuenta de que los africanos la miraban con ojos brillantes como bengalas. Sintió horror al pensar en lo que sucedería si Brion la dejaba sola con ellos allí.

Brion, dentro de todo, perseguía un objetivo. Y aquellos otros hombres sólo miraban su cuerpo...

Marcel se apoyó en una de las paredes, cerca de una gran mancha de sangre, y encendió un cigarrillo.

Sintió clavados en su rostro los ojos brillantes de Jacqueline, donde se leía un odio implacable. Pero él no pareció enterarse.

La muchacha susurró:

—Perro sarnoso, hijo de perra perdida...

—Más valdrá que dejes de insultarle —advirtió secamente Brion—. El no ha hecho más que rendir un servicio al gobierno francés. Porque ahora tú vas a ser comprensiva y vas a decirnos dónde se esconden todos tus amigos, ¿no es cierto?

Jacqueline escupió:

—Ni vosotros representáis al gobierno francés ni representáis nada. ¡No sois más que una cuadrilla de asesinos mal pagados! ¡Unas babosas repugnantes a las que les han quitado la cáscara!

Brion la abofeteó rabiosamente.

—¡Habla! ¡Queremos saber dónde se oculta el general Gardy y

todos los hombres que forman su Estado Mayor! ¡Salan ha caído!
¡Jouhoud ha caído!

¡El tiene que caer también! ¡Estamos dispuestos a dar con esos buitres de la

O. A. S.

aunque tengamos que arrancarte la piel a tiras!

—Podéis empezar. Y os advierto que será divertido, porque tengo la piel muy bonita.

Dos de los argelinos rieron mirando las curvas de la muchacha.

—¿Y por qué no, Brion? —preguntó uno de ellos.

—¡Callad! ¡No vais a estropear una mujer así sólo porque os dé la gana! ¡La he traído aquí para que hable y no para otra cosa! Tiene que decirme lo que su hermana no me dijo.

—Al mencionar a mi hermana no haces más que aumentar mi odio hacia ti, Brion —dijo Jacqueline roncamente—. No pensaba hablar de ningún modo, pero habiendo mencionado a Monique todavía menos. Y no intentes tranquilizarme diciendo que me has traído aquí sólo para que hable. De sobra sé lo que me ocurrirá en cuanto me hayáis sacado todo lo que sepa. No sólo serán esas ratas que me miran, sino todo un regimiento de puercos africanos los que tendrán facultad para hacer de mí lo que quieran. ¿Crees que no vi el cadáver de Monique? ¿Crees que no se notaba lo que antes hicieron con ella?

Las lágrimas habían asomado a sus ojos. Estaba tan furiosa, tan tensa, que apenas podía hablar.

Brion rechinó los dientes.

—Eso lo decís todas cuando aún tenéis la piel intacta —dijo—. Pero yo he visto torturar a muchas mujeres, y no solamente a manos de los argelinos. Los paracaidistas de Massu también lo hacían a veces. Sé unos cuantos trucos que no te van a gustar, preciosa. Pero, para irte acostumbrando, empezaremos por los más sencillos.

Dio a uno de sus hombres una orden que al parecer no tenía sentido:

—Saca la jeringuilla.

El argelino extrajo de uno de sus bolsillos una cajita metálica como las que emplean los médicos para guardar las agujas hipodérmicas. La destapó: dentro había una jeringuilla cargada.

Jacqueline pensó que debía ser algún «suero de la verdad», para obligarla a decir todo lo que sabía. Se hizo el firme y desesperado propósito de no abrir la boca, de no pensar en nada para no caer bajo la influencia de sus enemigos. Pero resultó que aquello no era suero de la verdad ni nada parecido.

Era, simplemente, petróleo.

—Los médicos alemanes usaban esto en los campos de concentración —dijo Brion lentamente—. Lo inyectaban bajo la piel de sus víctimas, y éstas morían al cabo de dos horas entre espantosos dolores. La mayoría de esos médicos fueron ahorcados después de la victoria aliada; pero a mí no me ahorcará nadie, muñeca. Yo seré el general de un ejército nuevo en un país nuevo. Aún tienes una última oportunidad. ¿Vas a hablar?

—Si lo que me preguntáis es dónde están el general Gardy y sus hombres, no diré una sola palabra. Tampoco diré si siguen recibiendo órdenes secretas del general Salan.

Brion sonrió irónicamente.

—Tu actitud es muy bonita, muchacha, pero no va a servir de nada. Esos hombres serán descubiertos y pulverizados igualmente. Lo único que te pedimos es que les ahorres sufrimientos ayudándolos a morir antes. Todo Argelia los está buscando.

—Falta saber quién morirá aún, Brion. Los del O. A. S.

han aprendido mucho de vosotros.

—No estamos aquí para discutir eso.

—Es igual. Podemos hablar del tiempo, si os parece —susurró Jacqueline—. No me sacaréis una sola palabra que comprometa a mis amigos.

—No me dirás que todos son dignos de que te sacrifiques por ellos...

—No. Algunos son unos asesinos. Pero vivimos en la selva, y para subsistir hay que matar.

Los dientes de Brion rechinaron de nuevo.

—Tienes una última oportunidad. Reflexiona lo que te conviene. Sólo te pedimos una dirección. Dos palabras.

—No.

—¿Acaso no has visto ninguna mujer torturada por nosotros, muñeca?

—Vi a mi hermana y ya fue suficiente.

—¡Por última vez!...

—Actúa, Brion. No me sacarás una palabra. Desenfunda tus colmillos y muérdeme de una vez.

Brion apretó los puños.

—Está bien. ¡Inyecta!

El argelino, con notable placer, buscó el muslo izquierdo de Jacqueline e inyectó poco a poco el petróleo casi a ras de piel. Todos sabían que aquella inyección podía ser mortal. Y no era eso lo peor, sino que la muerte de Jacqueline se produciría entre espasmos y dolores horrorosos.

La muchacha empezó a sudar y su garganta se contrajo, pero no dijo una sola palabra.

El africano volvió la cabeza para mirar a Brion.

—¿Termino?

—¿Y por qué no, imbécil?

—A partir de ahora la dosis ya llegará a ser mortal. Seguro. ¿Vamos a acabarla?

Brion dijo secamente:

—Sí.

El africano apretó el émbolo y el líquido penetró totalmente bajo la piel de la muchacha.

NUEVE

Brillaron extrañamente los ojos de Brion.

Sabía que la muchacha se retorcería de dolor, que se arrastraría a sus pies, que le suplicaría de rodillas la clemencia de una bala.

—Bájale la falda —dijo al de la inyección.

El otro obedeció de mala gana.

—Aún tienes ocasión de salvarte —musitó Brion—. A partir de ahora los minutos corren trágicamente en contra tuya, muchacha. Si hablas te salvarás. Si sigues callada para proteger a un puñado de imbéciles, morirás arrastrándote y suplicando que te mate de un balazo. Ya te he dicho que el petróleo bajo la piel fue un invento alemán, y los alemanes hacen bien todo cuanto se refiere a torturar y matar.

Fue sorprendente la calma glacial de la muchacha.

—¿Cómo puedo salvarme ahora? De sobra sé que voy a morir. La ejecución ya ha empezado.

—Podemos abrirte la piel con una lanceta, extraerte el líquido y lavarte bien la herida. Sufrirás un poco, pero salvarás tu vida. Eso es lo que te ofrezco.

—Lo que me ofreces es una tumba de todos modos, Brion, perro maldito. Desde el momento en que dejaste asesinar a Monique supe que uno de los dos, tú o yo, tendría que morir, y que la partida no tendría más que un final. La que voy a morir soy yo, Brion. Está bien, acepto mi suerte. Pero no voy a darte facilidades para que mates a nadie más.

Brion apretó los puños.

Había interrogado a varias mujeres y sabía que éstas son a veces más tercas que los hombres. No sacaría una palabra a Jacqueline ni aun arrancándole la piel a tiras.

Cuando los horribles dolores empezasen la muchacha se desesperaría y era posible que tuviese un momento de debilidad, pero también era posible que muriese rabiando y sin decir una sola palabra.

Se mordió el labio inferior.

Emplearía otro método, por ejemplo, la plancha.

Nadie resiste una plancha al rojo entre los dedos de los pies. Bastaría una prueba para que Jacqueline soltarse a chorros todo lo que sabía.

Dio unos nerviosos paseos por la habitación, atusándose el fino bigotillo, y de repente se volvió hacia sus hombres.

—Hay arriba una plancha eléctrica —dijo—. Quiero que sea calentada hasta el máximo. La misma que empleamos para Dumesnil servirá. Y bueno será recordarte, muchacha, que Dumesnil era un hombre joven y resistente que murió con la carne arrancada a pedazos por esa plancha. Vas a tener veinte minutos de reflexión mientras la calentamos. Entretanto empezarás a sentir los efectos del petróleo. De ti depende salvarte aún.

Jacqueline, con las facciones tensas, sintió que el sudor le bañaba todo el cuerpo. La ropa interior y las medias se le habían pegado materialmente a la piel. Sentía pinchazos cada vez más fuertes en el muslo, donde le habían inyectado el petróleo. Pero aun así, la única respuesta que dio a las palabras de Brion fue escupir a tierra.

Brion sonrió cínicamente.

—No tendrás tanto valor dentro de treinta minutos —dijo.

Salieron todos. Marcel no dirigió a la muchacha ni siquiera una última mirada. Arriba, en un despacho contiguo al *cabaret*, uno de los argelinos enchufó una plancha que estaba dentro de un armarito. Brion extrajo de un cajón una botella de coñac francés y bebió a chorro un largo trago, dejándola luego sobre la mesa.

A continuación miró a Marcel.

—Ha sido un buen servicio —dijo— y la nueva República de Argelia te recompensará debidamente. Ahora mismo voy a hablar con nuestro jefe.

Descolgó el teléfono, que estaba sobre la mesa, y marcó un número. Como el aparato quedaba de espaldas a Marcel, éste no pudo ver qué número discaba. La comunicación no debió

establecerse, porque al cabo de un par de minutos Brion, aburrido, colgó.

—Es extraño que no esté a esta hora —dijo.

—¿Quién? —preguntó Marcel.

—Nuestro jefe.

—¿Te refieres a Ben Bella o a alguno de los del Frente de Liberación?

—No... Ben Bella no es un asesino profesional como éstos —dijo señalando a sus hombres con desprecio—, o como yo. Pero yo soy más listo que Ben Bella y que todos los políticos argelinos. Yo sé que en África la única actividad que siempre ha dado buenos dividendos es el crimen, y que el único oficio digno y seguro para llegar a ser alguien es el de verdugo. Por eso no me avergüenza decir que lo soy, y por eso te advierto, Marcel, que nuestro jefe piensa lo mismo que yo. Pero no es un político argelino, sino alguien que opina que aquí va a tener su gran oportunidad, y que en el país de muertos de hambre que pronto va a ser Argelia él imperará como un verdadero sultán. ¿Quiénes son los hombres más felices del mundo? Los jeques, los beys y los sultanes del Oriente Medio. Ningún poder de los que se acostumbran en Europa puede compararse con el suyo. No han de dar cuentas al pueblo que muere de hambre, tienen esclavos como en la Edad Media y harenes con trescientas o cuatrocientas mujeres, a las que pueden matar si les place. Eso es lo que nosotros esperamos que sea Argelia y ése es el mundo en el que nos estamos creando una situación para vivir.

—Pienso que se equivoca —dijo suavemente Marcel—. Creo que dentro de unos años Argelia será comunista.

—Dentro de unos años tendremos oro suficiente para comprar una isla particular en la bahía de Río de Janeiro —rió Brion—. Bien mirado, ser multimillonario en un país del sur tampoco resulta mal asunto.

Y siguió riendo mientras bebía un segundo sorbo de coñac. Marcel insistió suavemente:

—¿No llama otra vez? Lo que Jacqueline nos diga puede interesar mucho al jefe.

—Probaré.

Volvió a discar, pero nuevamente el timbre sonó de la forma más inútil al otro lado del cable. Brion colgó, diciendo solamente:

—Es extraño.

El argelino encargado de la plancha la levantó por el asidero, escupió en ella y se produjo un brusco silbido de evaporación.

—Está a punto —dijo—. No creo que esa chica necesite más.

—Puedes aplicársela —dijo Brion—, pero ve tú solo. No quiero espectáculos. Si nos ve a todos, todavía se sentirá más frenética y querrá morir como una heroína. En cuanto se decida a hablar, haces sonar el timbre.

—De acuerdo.

El argelino salió. Los otros se quedaron mohínos, como si les hubieran privado de un hermoso espectáculo.

Marcel tragó saliva. Sintió que tenía la boca seca y que sudaba copiosamente, sin embargo. Toda su piel parecía estarse diluyendo en un sudor espeso. Vio que a los otros les sucedía lo mismo, pero era de ansiedad. Ellos hubieran querido ver a la mujer revolcándose, con la ropa hecha jirones, mientras moría poco a poco.

Susurró:

—Tengo la boca seca. ¿No hay en todo el despacho más que esa maldita botella de coñac?

—Hay una nevera en la sala, debajo del mostrador —dijo Brion—. Puede que allí encuentres algo fresco.

—¿No queréis nada vosotros? —preguntó a los demás.

Todos tenían la boca seca, pero pensaban en la chica. Dio la sensación de que ni uno de ellos había llegado a oírle.

Marcel salió.

Pero no se dirigió a la sala, sino que fue hacia las escaleras del sótano, siguiendo los pasos del argelino que había ido a torturar a la muchacha.

Abrió la puerta silenciosamente. El otro ni siquiera se dio cuenta de la presencia de Marcel.

Estaba muy entretenido quitándole una media a Jacqueline. No se hubiera dado cuenta de nada, ni aunque en el sótano hubiese entrado a galope un escuadrón de caballería.

Jacqueline, en cambio, sí que le vio.

Sus ojos miraron a Marcel con un odio profundo, pero al mismo tiempo con una pena infinita.

—No creí que además de un miserable fueras un sádico —dijo

en voz baja—. ¿Vienes a ver si resisto?

El argelino se volvió.

—¿Te envía Brion?

—Sí.

Arrojó la media al suelo.

—La chica es deliciosa... —dijo con voz ronca—. Deliciosa...
Lástima que Brion no nos la haya dejado para nosotros. Pero tú y yo vamos a disfrutar, Marcel. Luego empezaremos con la otra pierna.

Y levantó la plancha, acercándola a los dedos del pie izquierdo de Jacqueline.

Ésta apretó los labios desesperadamente para no gritar y cerró los ojos.

No pudo ver por eso que Marcel sacaba de debajo de su camisa un pequeño puñal curvo, una auténtica gumía argelina de las que parecen hechas para arrancar el corazón de un tajo.

El argelino depositó la punta de la plancha entre dos dedos.

Marcel dejó que la muchacha aullara una vez, sólo una vez, para que la oyesen los de arriba.

Luego empuñó bien la gumía.

—Basta, compañero —dijo en voz baja—. La función ha terminado.

DIEZ

El africano no le oyó en el primer momento, estremecido de placer por el aullido de la muchacha, que había tenido que retorcerse a causa del dolor y le ofrecía en su totalidad el hermoso espectáculo de sus piernas. Fue a aplicar la plancha otra vez.

—Lo haré suavemente si me besas, muñeca... —dijo con voz susurrante—. Si me besas una vez como seguramente tú sabes...

Ella le escupió a la cara.

El argelino, ciego de rabia, fue a dejar caer la plancha entre los dedos con toda su fuerza; pero Marcel advirtió de nuevo:

—Te he dicho que la función ha terminado.

El argelino se volvió parpadeando, como si acabase de oír una voz de ultratumba.

—¿Qué? ¿Cómo?...

—Deja la plancha en el suelo si no quieres tragártela.

—Pero es que...

A pesar de ver la guma en la mano de Marcel, el argelino aún no comprendía.

—He traído aquí a la chica, dejando que la apresaraís, para llegar a conocer a vuestro jefe —dijo calmamente Marcel—. Creí que estaría aquí, pero desgraciadamente he fracasado. Ni siquiera he podido llegar a ver el número que marcaba Brion. Y como las cosas ya se están poniendo demasiado feas para Jacqueline, me he decidido a intervenir. ¿Vas entendiendo ahora, perro sarnoso?

El argelino entendió.

Entendió tan rápidamente que, con una mueca de odio bestial, arrojó la plancha al rojo a la cara de Marcel, mientras susurraba:

—¡Traidor...!

Marcel esquivó el impacto, pero no pudo impedir que el argelino

se lanzase, con la agilidad de un tigre, contra la mano que empuñaba la gumía.

Rodaron los dos por el suelo. El argelino, empleando la treta más innoble que conocía, le clavó la rodilla en el bajo vientre.

Marcel tuvo un espasmo de dolor, que el otro aprovechó sabiamente para golpearle la muñeca derecha con el canto de la mano. La gumía saltó al suelo.

Jacqueline, quien se había dado cuenta de que allí se jugaba su vida, dijo espasmódicamente:

—Cuidado, Marcel... Va a sujetarla...

En efecto, el argelino tenía ya la gumía en la mano. La dejó caer, buscando el cuello de Marcel, pero éste detuvo el golpe poniendo por delante el antebrazo. El impacto fue tan violento que se oyó un chasquido de huesos. Inmediatamente Marcel levantó la parte inferior del cuerpo, haciendo puente, y su adversario salió despedido hacia adelante, por encima de su cabeza.

Marcel dio media vuelta, con la agilidad de un «cinturón negro», y se puso en pie.

El bajo vientre aún le dolía, produciéndole calambres en las ingles y un espasmo en la zona del apéndice, pero era mucho más fuerte su salvaje deseo de matar.

El argelino también se había puesto en pie.

Apretaba la gumía sin demasiada fuerza, con la maestría de un verdadero profesional del cuchillo. Demasiado sabía que para propinar tajos certeros hay que acariciar con la hoja, sin apretarla con un exceso de fuerza. Marcel se preguntó a cuántos hombres habría degollado aquel tipo.

Pero tenía que darle confianza. Tenía que dar al otro la sensación de que ganaría. De lo contrario el argelino se pondría a chillar como un frenético y bajarían los otros.

Marcel retrocedió poco a poco.

El otro avanzó.

—Cuando tú mueras voy a hacer algo que Brion no sabrá... —dijo el africano—. Voy a disfrutar con la chica...

Y se lanzó al ataque, exactamente por donde Marcel esperaba. El ya tenía preparada una llave, pero se limitó a rechazarle. Si le hacía demasiado daño, el otro gritaría.

Marcel sacó entonces su pañuelo, con la mano izquierda, sin

dejar de mirar a su enemigo, y se secó el sudor de la frente.

—De modo que ya sudas de angustia... —susurró el africano—. Pues esto no es nada...

Volvió a atacar, y entonces se halló con la sorpresa de que Marcel hacía una finta y le clavaba el pañuelo en la boca, que el argelino tenía abierta para respirar mejor. Aquello le dejó tan atónito que, durante unas fracciones de segundo, no supo cómo reaccionar. Marcel le acabó de introducir el pañuelo en la boca como si fuera una pelota de tenis.

Durante un minuto al menos, el argelino no podría chillar.

Entonces fue cuando Marcel atacó. La misma llave que había empleado al principio la empleó ahora nuevamente. El brazo al final del cual relucía la guma se dobló trágicamente entre los músculos impresionantes de los brazos de Marcel. Sonó un chasquido, y aquel brazo fue roto por dos sitios, mientras el argelino casi se tragaba el pañuelo al gritar con un espasmo de agonía.

Cayó al suelo, retorciéndose, pero todavía no estaba vencido.

Quedaba la plancha. El argelino había caído junto a ella, y la levantó por la empuñadura atacando con ella a Marcel.

El africano parecía una auténtica fiera desbocada. No pudo arrancarse el pañuelo porque tenía un brazo roto, colgando como una cosa muerta, y con el otro alzaba la plancha. Ésta fue la principal ventaja con que jugó Marcel: el forzado silencio de su enemigo.

Pero ahora no podía sujetarle y romperle el otro brazo, porque la plancha, al desprenderse de entre los dedos del enemigo, caería sobre él. Este pensamiento le hizo tener una vacilación, y el africano la aprovechó para atacar rabiosamente.

Marcel logró esquivar el impacto de la plancha, que iba directamente a su cabeza, pero no pudo evitar que el metal al rojo quedase como empotrado en la tela de su camisa. Sintió que la piel le ardía, que le saltaba entre un horrible olor a quemado. Jacqueline, muchacha inteligente, gritó para desorientar a los de arriba, suponiendo que Marcel no podría resistir el dolor y gritaría también. Pero Marcel permaneció mudo, destrozándose los labios para no lanzar un solo gemido.

La plancha cayó al suelo.

Marcel, ciego de rabia, sujetó a su enemigo por el brazo y por el cuello, retorciéndolo salvajemente. Era una presa que tenía que romperle la columna vertebral, pero el otro resistió. Entre los espasmos de dolor logró escupir el pañuelo, y entonces Marcel se dio cuenta de que no podía prolongar aquella lucha ni cinco segundos más.

Necesitaba matar, o él y Jacqueline estarían perdidos.

Vio al argelino de frente, le propinó un rodillazo al estómago y lo hizo encogerse. Inmediatamente le conectó un salvaje gancho a la mandíbula, y el africano cayó hacia atrás. Marcel entrelazó los dedos de ambas manos y con todas sus fuerzas golpeó al enemigo bajo el puente de la nariz. Era un golpe mortal, un golpe de comando de los que hacen saltar la base del cráneo. El argelino movió angustiosamente ambos brazos, incluso el que tenía roto, y de pronto quedó quieto. De su boca no había brotado un gemido. Con la boca abierta y los ojos dilatados por el horror, quedó muerto bajo los puños implacables de su enemigo.

Marcel, respirando fatigosamente, se puso en pie.

—Ahora hay que sacarte de aquí, muchacha —dijo—. Pero primero tendremos que eliminar el petróleo.

Jacqueline le miraba con ojos dilatados por el horror.

—Marcel...

—Más valdrá que no hables, muchacha.

—Sólo quiero saber una cosa. ¿Tú eres un miembro de la

O. A. S.?

—No.

—Entonces, ¿por qué me ayudas? ¿Por qué te enfrentas con los hombres como Brion?

—Porque Brion y los hombres como él son unos perros rabiosos, sobre cuyas conciencias pesa la muerte de muchos compatriotas nuestros, de muchas mujeres violadas y de muchos niños degollados. Ha llegado un momento en que la independencia de Argelia ya no me importa nada. Francia es un país muerto y, si no pierde Argelia hoy, la perderá mañana. Pero lo que sí me importa es castigar a los que han luchado con armas innobles, a los que se han vendido al enemigo, como Brion, y a los que esperan convertirse en sultanes del siglo veinte, como su desconocido jefe. Contra éstos sí que quiero luchar, y mi única justicia consiste en una sentencia de

muerte.

Jacqueline se estremeció.

—¿Cómo conocías a Brion? ¿Cómo sabías exactamente dónde encontrarle?

Antes de contestar, Marcel pasó una y otra vez por la plancha al rojo la hoja de la gúmba que no había necesitado emplear.

—Yo estaba encargado de protegerle en nombre del gobierno francés —dijo.

—No te entiendo... ¿Proteger a un traidor a Francia... en nombre del gobierno francés?

—Ése es uno de tantos y tantos absurdos de nuestro tiempo —replicó él—. Los nuevos poderes argelinos han designado a Brion como uno de sus representantes, y han hecho especial mención de que considerarán gravísima la situación si los franceses lo matan. Una especie de desafío, ¿sabes? El gobierno de París ha pensado que no importaba la vida de un traidor más, y para dar satisfacción al gobierno argelino ha dicho que lo protegería en especial contra la O. A. S.,

designándome a mí para esa protección. Porque yo soy agente secreto del Deuxième Bureau, aunque, como es lógico, no lo hayas sabido nunca.

Examinó la hoja de la gúmba y pareció satisfecho de su aspecto, después de desinfectarla con la plancha al rojo.

—Pero yo ya estoy harto de proteger traidores —añadió roncamente—. La alta política, los sórdidos intereses que se manejan en los ministerios, a mí no me importan. Yo soy un rebelde que hasta ayer aún creía en la fuerza y la dignidad de su nación. ¡Y no quiero perder las esperanzas del todo! Respeto a los que han luchado dignamente por la independencia de Argelia, pero no a los traidores que sueñan en harenes de doscientas mujeres y a los asesinos que han aprovechado esta guerra sólo para derramar sangre inocente. Por eso voy a matar a Brion y voy a perderme para siempre. Es posible que jamás pueda regresar a Francia, pero personalmente no me avergonzaré cuando vea mi bandera. Y ahora basta de explicaciones, Jacqueline. Ya no podemos perder más tiempo. Aprieta los dientes y piensa en otra cosa, porque voy a tener que hacerte mucho daño.

Levantó la falda de la muchacha y acercó la punta de la gúmba

al lugar donde habían inyectado el petróleo, Allí había ya una intensa mancha color pardo, y el aspecto de la piel era casi angustioso. Marcel se dio cuenta de que un solo minuto de retraso podía significar la muerte de Jacqueline entre una espantosa agonía.

—Grita si quieres —musitó—. Creerán que te estoy torturando. Pero sobre todo no te desmayes, muchacha.

Trazó un corte en la pierna, en una extensa zona, y fluyó la sangre. El apretó para que la hemorragia fuera mucho más intensa. Cortó venas sin compasión, a fin de que Jacqueline perdiera cuanta más sangre mejor, mientras la pobre muchacha se estremecía. Ella aguantó cuanto pudo, pero al fin lanzó un alarido de dolor inhumano, mientras estaba al borde del desmayo. La sangre, mezclada con el petróleo, una sangre viscosa y negra, continuó fluyendo.

—Es posible que te salves... —susurró Marcel—, porque ha pasado muy poco tiempo. Pero tienes que aguantar, muchacha... Aguantar...

Siguió apretando hasta que la sangre brotó más limpia y hasta que la mancha violácea de la pierna fue desapareciendo.

Al terminar, se quitó la americana, se rasgó la camisa y vendó con un trozo de ésta el muslo de la muchacha.

Pero Jacqueline ya no podía más. Había perdido casi dos litros de sangre. Intentó ponerse en pie y cayó desvanecida en los brazos del hombre.

Éste miró a su alrededor, con una expresión de fiera acorralada en los ojos.

Aquello no había hecho más que empezar. Ahora tenía que salir de allí.

ONCE

Oyó pasos que descendían por las escaleras.

Sin duda los hombres de Brion, o tal vez éste mismo, estaban impacientes ante la falta de noticias y descendían al sótano. Marcel se estremeció pensando que ellos debían llevar armas automáticas y él no tenía más que una simple gumía.

Cortó las ligaduras de la muchacha y susurró en su oído:

—Jacqueline... Jacqueline...

Ella no se recuperó aún.

Los pasos sonaban más cerca. Eran, al menos, tres hombres. Debían faltarles apenas diez metros para llegar a la puerta.

Marcel apretó los labios.

—Jacqueline... —susurró desesperadamente.

Ella entreabrió los ojos, y en todo su rostro se notó el esfuerzo angustioso que hacía por serenarse.

—Van a llegar, muchacha... ¿Puedes tenerte en pie?

—Creo... que sí. Tengo las piernas dormidas.

—Colócate a un lado de la puerta y no te muevas ocurra lo que ocurra... Yo me entenderé con ellos. ¡Pronto!

Los pasos sonaban ya tras la hoja de madera.

Marcel tomó la gumía en una mano y la plancha en otra, se colocó también a un lado de la puerta, de modo que quedase oculto al abrirse ésta, y aguardó con todos los nervios en tensión.

La hoja de madera fue empujada.

El argelino que iba delante vio la silla vacía y lanzó un grito, mientras daba un salto. El fue el primero en morir, y además su muerte no fue divertida.

Marcel le descargó la plancha en la nuca, haciéndole lanzar un alarido infrahumano. Un segundo golpe y perdió el conocimiento,

cayendo con parte de la plancha clavada en el cráneo. Los otros dos hombres que venían tras él fueron lo bastante estúpidos para saltar hacia adelante.

Marcel recibió bien al primero.

Había tenido que soltar la plancha, pero tenía la gümía en la otra mano. Hizo una finta y la clavó, casi con suavidad, en el cuello de su enemigo, mientras imprimía a la muñeca un dulce movimiento de oscilación. La hoja curva hizo el resto, cortando como una guillotina el cuello del africano.

Quedaba el tercero, pero éste había visto morir a dos de sus amigos y no cometió el mismo error.

De pronto saltó hacia atrás, extrayendo una pistola. La detonación casi dejó ciego a Marcel, y la bala le arrancó cabellos de la cabeza. Saltó y con la frente golpeó el arma, mientras una segunda bala se clavaba en el techo. La gümía voló al encuentro del vientre de su enemigo.

Se oyó un estertor, y en seguida notó Marcel que el argelino se estremecía bajo su cuerpo. Volvió a clavar el arma, ahora en el corazón, porque no podía perder un segundo más. Su enemigo quedó espantosamente inmóvil.

Marcel se puso en pie.

Rápidamente hizo un recuento de los hombres que debían quedarle a Brion. El había entrado en el *cabaret* con seis, de los que acababa de despachar a cuatro. Brion, un hombre hábil y escurridizo, tenía dos ayudantes aún. Por tanto, continuaba siendo muy peligroso.

Pero ahora él tenía una automática.

La sujetó entre sus dedos y, haciendo una seña a Jacqueline para que le siguiese, fue ascendiendo poco a poco las escaleras. Iba tan pegado a la pared, y las escaleras eran tan oscuras, que desde arriba no podrían verle a la primera ojeada. Eso fue lo que costó la vida al tipo que se acercó a curiosear, siguiendo la orden de Brion.

Para Marcel fue un juego de niños volarle la cabeza con una bala.

El argelino cayó rodando y manchando los peldaños de sangre. Marcel subió al trote, con el arma preparada, pensando que tenía que aprovechar aquel momento decisivo para lanzarse al ataque. Brion y su otro compinche no esperarían que tuviese tanta audacia.

Tuvo que arrojarse al suelo cuando arriba tableteó una ametralladora.

Brion estaba asustado, pero contaba con un arma mortífera. Conocía todo el *cabaret* mucho mejor y barrería sus rincones con plomo. Marcel saltó hacia una de las mesas, derribándola.

El tipo de la ametralladora estaba cerca del tablado de la orquesta, disparando al azar. Ahora le vio.

Dirigió el cañón hacia él, mientras sus ojos llameaban, y Marcel, desde el suelo, tendió el brazo haciendo crepitar la automática.

El argelino barrió la pista de baile con una ráfaga, pero esa ráfaga nunca llegó a su destino, que era el cuerpo de Marcel. De pronto el hombre de la ametralladora se estremeció, alcanzado por una bala en mitad del cuello, y soltó su armatoste. Marcel dio otro salto, para apoderarse de la «máquina de escribir», pero en ese momento Jacqueline gritó:

—¡Cuidado!

Una bomba de mano iba hacia el estrado de los músicos. Marcel dio dos vueltas sobre sí mismo y se cobijó bajo una mesa, mientras la bomba estallaba justamente encima del argelino de la ametralladora. Éste, que aún no había muerto, tuvo tiempo de escupir hacia Brion:

—¡Traidor!...

Luego saltó hecho pedazos.

Marcel volvió a disparar desde el suelo, pero no veía a Brion. Además éste contaba seguramente con alguna otra bomba, de modo que lo principal era ocultarse. Hizo una angustiosa seña a Jacqueline para que bajase al sótano de nuevo, donde estaría segura. Ella sacudió la cabeza, negándose, y durante varios segundos hubo en el *cabaret* un espantoso silencio.

Los ojos de los dos hombres se buscaban como los de unas fieras en la penumbra, intentando Brion localizar a Marcel para lanzarle una segunda granada, e intentando Marcel ver solo un pedazo de la cabeza de Brion para saltársela de un balazo. Pero en ese momento la angustiosa tensión fue rota por un suceso que ninguno de los dos esperaba.

La puerta exterior del *cabaret* fue abierta desde fuera por alguien que tenía una llave, y Marcel vio una sombra.

—¡No, jefe, nooo!... —aulló Brion desde su escondite—. ¡No

entre!

Marcel escupió una maldición. ¡El jefe! Sin haber podido reconocerlo, hizo fuego hacia la puerta. La sombra se escabulló. Brion lanzó en aquel momento su segunda granada, sólo para cubrirse, y mientras una horrisona explosión hacía trepidar la sala entera, él saltó hacia la puerta exterior. Marcel, al cubrirse de la explosión, sólo pudo verlo cuando ya era demasiado tarde.

Se puso en pie, lanzando maldiciones, y corrió hacia la puerta, abriéndola de un golpe.

Pero ya sólo pudo ver un coche que se alejaba. Un coche negro con matrícula del ejército francés cuyos números no pudo empezar a leer siquiera, a causa de que el automóvil desapareció tras uno de los recovecos de la calle.

Marcel cerró la puerta rabiosamente, sabiendo que acababa de perder la mejor oportunidad de su vida.

Pero eso no era lo más lamentable.

Lo peor era que ahora Jacqueline y él se encontraban acorralados en la Kasbah.

DOCE

Marcel se volvió hacia la muchacha y susurró:

—La Kasbah es como un imperio aparte de la ciudad de Argel. Si los musulmanes sospechan lo que ha ocurrido, nos acorralarán y nos asarán vivos aquí dentro. No podremos resistir durante toda la noche. Pero tal vez nadie se ha dado cuenta de lo que ha ocurrido.

Jacqueline hizo un gesto de desesperanza.

—Eres demasiado optimista, Marcel.

—¿Por qué?

—Ha huido Brion, y Brion buscará ayuda. No se presentará aquí con su misterioso jefe porque éste no querrá dar la cara, pero sí que se presentará con un ejército de argelinos armados. ¿Cómo crees que vamos a poder resistir a pesar de la ametralladora?

—Tienes razón, no podremos hacerlo.

—Entonces hay que huir de aquí.

Marcel la miró. Pese a las torturas a las que había sido sometida, ella estaba mucho más bonita, más deseable que en los viejos tiempos del Barrio Latino. Pero parecían haber transcurrido siglos desde entonces... Siglos durante los cuales Francia había ido dejando de existir.

Jacqueline se dio cuenta de la admiración que había en los ojos de Marcel, aquella admiración que él quería ocultar y que, en el fondo, era dolorosa. Musitó:

—¿No crees que podríamos escapar?

—Primero hay que ver cómo te sientes.

—Relativamente bien. Quiero decir que en condiciones normales no podría dar un paso, pero ante la perspectiva de que éstos vuelvan me siento capaz de hacer el salto de pértiga. Y creo que tal vez por los tejados conseguiríamos escapar de la Kasbah.

—Los tejados son, precisamente, lo más peligroso de este barrio. Pero estoy de acuerdo en que hay que intentar algo. Ven. Te ataré el muslo con algo muy fuerte.

—Como te parezca.

El había tenido que verla ya de tantas maneras distintas que ante la perspectiva de que le vendara un muslo por la parte superior la muchacha no pudo sentir la menor vergüenza.

—Entonces espera.

Marcel fue a los vestuarios del *cabaret*, consistentes en una serie de pequeños camerinos con divanes, más parecidos a reservados que otra cosa. Allí encontró ropa interior femenina de seda natural, rigurosamente limpia, la cual pensó que podría emplear para vendar a Jacqueline. Luego buscó algo elástico y lo encontró en forma de un portaligas negro. Por lo visto a todos aquellos buitres mahometanos que frecuentaban el local les gustaban las chicas vestidas a la europea.

Arrancó los elásticos del portaligas y volvió junto a Jacqueline, la cual estaba bebiendo a chorro coñac francés para dominar el dolor e intentar recuperar sus fuerzas.

—Vamos, muchacha.

Ella se subió la falda.

—No creerás que hago esto con todos los hombres, ¿eh, Marcel?

—Ya he visto que no.

La herida volvía a tener mal aspecto. Marcel la desinfectó de nuevo con coñac, a pesar de los gemidos de la muchacha, y luego la vendó bien fuerte, empleando los clásticos, para que la pierna se mantuviese relativamente rígida. Entonces bajó la falda.

Al hacerlo se encontró con los ojos de Jacqueline.

—Debiste quererla mucho —susurró inesperadamente ella.

—¿A quién?

—Parece mentira que no sepas a quién me refiero. Tú viniste a Argel y te convertiste en un borracho a causa de una mujer.

El se puso en pie, desviando la mirada.

—Nunca me hablaste de ella —musitó Jacqueline.

—No, nunca.

—¿Puedo al menos saber si la querías mucho?

—¿Y qué importa eso?

Ella se levantó del taburete en que estaba sentada e intentó dar

unos pasos por la pista de baile. Sus jóvenes músculos respondieron relativamente bien. Se sostuvo.

—Sí, tienes razón... —dijo—. Eso no importa ya. Pero siempre he pensado que debiste quererla mucho, para cambiar como cambiaste. Y tú y yo hemos tenido siempre tan pocas ocasiones de hablar...

—Sí. Puede decirse que no hemos tenido ocasión desde aquellos tiempos que ya parecen tan lejanos en que los dos podíamos mirar al porvenir. Está bien —de pronto pareció decidirse—. Toma.

Arrojó sobre una mesa una amarillenta fotografía que acababa de sacar de su cartera. La foto representaba a una mujer muy bonita, joven, que sonreía a la cámara. Jacqueline pensó, con un principio de oculta envidia, que aquella mujer quizá había sido más hermosa que ella.

—¿Puedo saber al menos cómo se llamaba? —preguntó devolviéndole la foto con mano temblorosa.

—Igual que yo.

—¿Cómo?...

—Era mi hermana.

Jacqueline parpadeó dos veces, confusa, mientras tenía que apoyarse en una de las mesas para no caer. Marcel nunca supo si fue por la sorpresa o porque le fallaban las piernas. La sostuvo. Sin saber cómo, se dio cuenta de que la tenía encerrada en sus brazos.

—¿Cómo... has dicho? —jadeó ella—. Repítelo.

—Era mi hermana. Nunca te hablé de ella porque vivía en Argel y... y cuando yo te veía a ti pensaba en otras cosas. Pero en el año 55 fue muerta por los fellaghas, después de un horrible suplicio. Sus asesinos fueron capturados, pero el gobierno los puso en libertad más tarde *para no complicar las cosas*. Entonces dejé de creer en todo. Los busqué por los últimos rincones de Argelia hasta dar con ellos, y entonces los acuchillé. La justicia que Francia no se había atrevido a imponer, yo la imponía. Pero eso fue una tortura para mí. La vida me había convertido en un asesino como ellos. Nadie ha sabido hasta ahora lo que te he contado, pero mi conciencia lo sabe. Por eso me convertí en un borracho y en un desesperado de las callejas de Argel. Por eso acepté un empleo que sólo me obligaba a una de esas dos cosas: matar o morir. Y por eso desaparecí de tu vida.

Ella entreabrió los labios, borrando el rictus doloroso que había aparecido en ellos.

—Pero ahora volvemos a estar juntos —musitó—. Ahora...

—Ahora lo más fácil es que nos quedemos juntos para toda la eternidad —susurró—. Tenemos que darnos prisa para intentar salir de aquí. Vamos. ¿Eres capaz de andar?

—Ya has visto que sí, por el momento. Me duelen mucho las quemaduras entre los dedos de los pies. Ni siquiera el coñac que he bebido me anima.

—Ya te animarás cuando intenten acuchillarnos por los tejados.

En aquel momento se oyeron pasos junto a la puerta exterior. Los refuerzos buscados por Brion llegaban. Debía tratarse de terroristas escogidos y no se podría luchar contra ellos. Marcel musitó:

—¡Aprisa!

Subieron por unas escalerillas que debían llevar a la terraza. Marcel no había soltado la ametralladora ligera, la cual tenía aún medio cargador. Habría tomado para todos si no se precipitaba y lanzaba sólo ráfagas cortas.

En la terraza había veladores, pues en otro tiempo debieron celebrarse allí espectáculos al aire libre. Marcel antes de cerrar la puerta, vio que tres argelinos armados con cuchillos y bombas de mano habían entrado en la parte baja del local.

Uno de ellos le vio y lanzó un aullido. Los otros alzaron la cabeza también, preparando sus bombas.

Marcel envió una corta ráfaga. Exactamente cinco tiros. Los tres hombres cayeron con sus pechos, atravesados.

Luego se volvió hacia Jacqueline.

—¡Pronto! ¡Ya nos han localizado! ¡Vamos!

Saltaron a una terraza contigua que estaba varios metros más abajo. Primero saltó Marcel, dejó la ametralladora en el suelo y recogió en sus brazos a Jacqueline, que temblaba, perdidos los últimos restos de su valor. Corrieron entonces hacia otra terraza todavía más baja.

Así se movían con más rapidez y se acercaban a la calle, ya que Jacqueline no hubiera podido trepar a causa de sus heridas. Pero en cambio daban la ventaja a sus perseguidores de dejarle las posiciones más altas, desde donde podrían batirles.

Una bomba de mano estalló entre dos terrazas, a unos doce metros. Los dos se arrojaron a tierra, y la metralla pasó por encima de sus cabezas. Revolviéndose, Marcel envió otra ráfaga. Esta vez no fue tan afortunado, porque de los cuatro argelinos que asomaban por el tejado del *cabaret* sólo pudo derrumbar a uno. Los otros se pusieron a disparar rabiosamente con sus pistolas, hasta que, inmediatamente, otra ráfaga de la ametralladora les obligó a cubrirse.

Estarían diez segundos quietos, no más.

Marcel susurró:

—¡Salta! ¡Reúne todas tus fuerzas y salta! ¡Ahora o nunca, Jacqueline! ¡Arriba!

La muchacha, que se había subido la falda para moverse con más rapidez, hizo un esfuerzo y saltó. Abajo estaba ya la calle. Marcel, la siguió mientras desde arriba le enviaban varios disparos, uno de los cuales le alcanzó en un hombro y le hizo lanzar un gemido.

Rodaron los dos por una estrecha calleja empedrada, al fondo de la cual había una pila de sacos terreros. Era la salida de la Kasbah. Alguien asomó la cabeza por allí. Un francés.

—¡Ayúdanos! Somos... —empezó a decir Marcel.

El otro estaba asustado. Fue directamente a lanzarles una bomba, sin preguntar nada.

Marcel no vaciló y le envió a la cabeza sus últimas balas. Aquella cabeza saltó hecha pedazos. Luego dio un empujón a Jacqueline, dominando su dolor, y treparon por encima de los sacos terreros. Marcel tuvo que soltar la ametralladora porque no podía mover el brazo derecho.

—¿Te han dado? —susurró ella.

—En un hombro. La suerte no podía durar tanto.

—Marcel... Hemos matado a un francés. No sé si sald...

No pudo continuar. En aquel momento dos soldados del ejército regular o sea, de «le contingent» reclutas enviados a Argelia les apuntaron con sus fusiles automáticos. Tenía tanto miedo que les castañeteaban los dientes. Marcel pensó que hubiera podido derribarlos a puñetazos caso de no estar herido. Seguramente hubieran caído al primer golpe con fusiles y todo. Pero tenía medio cuerpo inmovilizado y una progresiva debilidad se iba apoderando

de él.

—¡Apartaos, imbéciles! —gritó—. ¡Nos viene persiguiendo al menos una docena de *fellaghas*!

—¡Los pases!

—¡No tenemos pases, imbéciles!

Los dos se echaron los fusiles a la cara.

Marcel, ciego de rabia, avanzó en tromba con la cabeza baja. El fogonazo le dejó medio ciego, pero la bala pasó por encima de su cabeza. Ésta chocó con el estómago del soldado, que cayó a tierra. El otro fue a mover el fusil cuando Jacqueline le insultó:

—¡Cobarde!...

La palabra inmovilizó al soldado durante unos segundos, los suficientes para que Marcel, desde el suelo, levantara una piedra y le propinase un puntapié al bajo vientre, haciéndole retorcerse de dolor. Era un golpe feo, pero no podía andarse por las ramas en estos momentos. De todos modos, a causa de la herida, sintió el impacto como si el golpe se lo hubieran dado a él mismo. Estaba a punto de perder el conocimiento, y eso bastó para que los dos soldados se pusieran, en pie.

Ahora sí que iban a disparar. Y lo iban a hacer a matar, sin vacilaciones. Marcel apretó los dientes.

En ese momento oyeron el chirrido de unos frenos. Un automóvil suntuoso se detuvo apenas a dos metros de los soldados. Alguien gritó con voz autoritaria:

—¡Alto!...

Los dos soldados miraron hacia allí. La portezuela derecha del automóvil se había abierto. El propio general Luquesne, de la gendarmería, asomaba por el hueco.

—Quietos —ordenó nuevamente—. Esa mujer que venga conmigo. Al hombre llévenlo a la Prefectura, pero sin hacerle ningún daño. Necesitaré interrogarlo.

En aquel momento, atraído por los disparos, se acercaba un «jeep» militar con una patrulla móvil. Los argelinos que debían estar acercándose sinuosamente a los sacos terreros comprendieron que no tenían nada que hacer. Y Jacqueline y Marcel comprendieron también que obedecer era el único remedio.

Pero Jacqueline tembló.

¡Porque el general Luquesne la había visto, desde una de las

ventanas mientras ella y los de la

O. A. S.

volaban parte de la Prefectura de Argel!

TRECE

El general Luquesne se hizo a un lado para que ella pudiera acomodarse bien. No parecía sorprendido, y más bien daba la sensación de encontrarse perfectamente tranquilo. A la luz íntima del coche miró a Jacqueline de arriba abajo.

—A mi despacho —dijo al conductor.

Minutos después estaban en aquella parte de la Prefectura de Argel que no había sido volada. Gran parte de los despachos permanecían intactos, entre ellos el del general Luquesne. Éste hizo sentar a Jacqueline, que se derrumbó materialmente sobre una de las butacas tapizadas en cuero rojo.

Observó que Luquesne la miraba atentamente. Observó también que el general tenía una expresión viciosa, de viejo funcionario corrompido por la vida en las colonias, donde el dinero corre y las mujeres son fáciles. Claro que las mujeres que él debía estar acostumbrado a tratar no eran tan bonitas como Jacqueline.

—¿Está herida? —preguntó.

—Estoy destrozada que no es lo mismo. Sus amigos del
F. L. N.
me han torturado hasta cansarse.

—¿Mis amigos?... —preguntó el general, con tono irónico.

—Los únicos rivales del
F. L. N.
son ahora los de la
O. A. S.
Ustedes se han vendido.

—No diga tonterías.

—Sabe perfectamente que yo he actuado con los de la
O. A. S.

—continuó ella por entre sus labios apretados—. Me vio desde aquella ventana. ¿A qué espera para hacerme detener? ¿O acaso lo estoy ya y quiere divertirse interrogándome usted mismo?



La acción de Marcel fue contundente

El se sentó en uno de los brazos del butacón y le acarició suavemente el cuello con sus manos suaves y expertas. Jacqueline tuvo una sensación de asco, pero se mantuvo desafiante y no se

movió.

—Una mujer tan bonita como usted —dijo Luquesne suavemente — no debería verse en estos apuros. ¿Sabe que, a pesar de haberme salvado por milagro, no le guardo rencor? Es la muchacha más tentadora que he visto. Cuñada de Brion, ¿verdad?

Jacqueline se estremeció. Sabía que estaba ante el jefe de Brion, el alto funcionario francés traidor que se había vendido a los del F. L. N.

Sabía también que no iba a salir viva de allí hiciera lo que hiciera, por eso se mantuvo en actitud desafiante.

—Sí. Cuñada de ese cerdo, al que mataré algún día.

—Le sugiero una idea para matarle.

—¿Cuál?

—Béselo en la boca.

Jacqueline hizo un gesto de asco, y en ése momento el general se puso en pie y la atrajo hacia sí brutalmente. Sus brazos la estrecharon con fuerza, y sus labios gruesos y viciosos buscaron con ansia los suyos. Jacqueline estaba tan débil que apenas se defendió. Sólo pudo ladear la cabeza para que él no lograra besarla en la boca, aunque no pudo impedir que lo hiciese en la tersa piel de su garganta.

En aquel momento se oyó un carraspeo. Alguien había abierto la puerta del despacho. El general soltó a la mujer y se volvió con las facciones congestionadas.

—¿Quién...? —barbotó.

Se tranquilizó al ver que era el comandante Blanchot, su ayudante más inmediato. Blanchot vestía de uniforme con descuidada elegancia, y tenía en los labios una sonrisa suave y cínica. Contempló con ojos de entendido las líneas esculturales del cuerpo de Jacqueline, que había caído de nuevo sobre el butacón tapizado de rojo.

—Perdón —dijo Blanchot—. Me retiro.

El general carraspeó.

—Quédese. La señorita y yo... En fin, somos amigos.

—¡No somos amigos de nada! —Escupió Jacqueline.

—Pertenece a la

O. A. S.

—advirtió Luquesne.

—¡No pertenezco a ningún sitio! ¡Lo único que quiero es vengar a mi hermana!

Luquesne encendió un cigarrillo.

—Tendremos que detenerla —dijo con suavidad—. Pero por el momento la interrogaremos. Tengo mucho interés en hablar con su amiguito, al que ya deben tener detenido abajo. ¿Algo de nuevo, Blanchot? ¿Me necesita?

—Nada de particular, mi general. Estamos procediendo a detener a todos los sospechosos. La voladura de parte del edificio ha producido más víctimas de las que creímos al principio. Pero en realidad he venido al ver luz en su despacho.

—Muy bien, Blanchot. Retírese.

Sin una palabra, pero recorriendo en otra fugaz mirada el cuerpo de la muchacha, Blanchot se retiró.

Luquesne, con el cigarrillo entre los labios, se sentó tras su mesa y se recreó un rato contemplando a la chica. A pesar de lo destrozada que estaba, o quizá a causa de ello, Luquesne sentía que era de lo más excitante y fino que había visto jamás. Un vino de los que se suben brutalmente a la cabeza.

—Le hago una proposición —susurró.

—¿Cuál?

—La dejo en libertad si accede a ser..., digamos, cariñosa conmigo. Es sólo esta noche. Luego no la molestaré.

Los labios de Jacqueline reflejaron una suave burla.

—Le decepcionaría, general. Estoy llena de vendajes, y en mis muslos hay sangre. No puede imaginarse lo desagradable que resultado hoy. Tendrá que esperar.

Las manos del general temblaban.

—No sea estúpida. Sabe que me gusta. ¡Me gusta tal y como está ahora! Si la entrego pueden condenarla a muerte, mientras que si llega a un acuerdo conmigo estará libre mañana apenas amanezca.

—Gracias por su cortesía, pero para sus palabras sólo tengo una respuesta.

Como Jacqueline seguía sonriendo, Luquesne preguntó con un brillo de esperanza en los ojos:

—¿Cuál?

—Ésta.

Escupió a los pies del general. Éste no pudo contenerse, avanzó

hacia ella y la hizo levantarse sujetándola brutalmente. Jacqueline creyó que iba a golpearle, pero lo que hizo Luquesne fue besarla ansiosamente en la boca.

—Me gustas, muchacha... ¡Me gustas!

—¡Suélteme!

—Piensa en mi proposición... Te conviene, pequeña estúpida. Mañana al amanecer estarás libre, y en cambio si no accedes...

—Estoy viviendo de milagro. No me importa ya lo que ocurra. Suélteme...

De pronto su cuerpo, que estaba tenso y firme como un arco, pareció relajarse lentamente.

—Aunque... —susurró.

—¿Ibas a decir algo?... —musitó ansiosamente Luquesne.

—Iba a decir que... Bueno, ¿qué ocurrirá con el hombre que han detenido también?

—Ha matado a un soldado francés. Es posible que sea condenado a muerte.

—Podría usted... ¿Podría dejarlo libre?

—Sí.

Jacqueline tragó saliva ansiosamente. Sus ojos rodaron asustados por sobre las baldosas del suelo.

—Entonces tal vez yo...

—Debes quererle mucho —dijo Luquesne, soltándola poco a poco.

—Mucho.

—Y seguramente él no lo sabe. —Luquesne encendió un cigarrillo con manos temblorosas—. Con las mujeres siempre ocurren esos absurdos.

—Sólo sabe que le odio, pero es el único hombre a quien he amado y el único a quien amaré.

—¿Lo darías todo a cambio de su libertad?

Jacqueline le miró fijamente.

—Es usted un miserable, Luquesne, pero en estos momentos nada gano insultándole. Déjeme pensar.

Los ojos del hombre brillaron esperanzados.

—Piensa, muñeca. Y si eres inteligente no tendrás más remedio que comprender que yo...

Fue en aquel momento cuando se oyó una espantosa sarta de

detonaciones cerca de la puerta.

Inmediatamente empezaron los alaridos y los gritos de agonía, mezclados con el estruendo de las bombas de mano.

A Luquesne se le cayó el cigarrillo de entre los labios.

CATORCE

Miembros de la

O. A. S.

estaban atacando en la noche la mismísima Prefectura de Argel, después de haber intentado volarla.

El general Luquesne supo esto inmediatamente después de empezar los disparos, cuando el comandante Blanchot entró en su despacho con las facciones lívidas.

—General...

—¿Qué ocurre? ¿Qué son esos disparos?

—La

O. A. S.

—¿Cómo?...

—Venían disfrazados de gendarmes. Se han acercado en un «jeep» justo en el momento de relevar la guardia, y han inutilizado a los centinelas. Llevan ametralladoras y bombas de mano. El asunto es serio, general.

—Pero si son sólo los que cabían en un «jeep»...

—Luego han llegado más. Debían estar ocultos, esperando. En este momento hay más de cincuenta.

Luquesne se puso lívido.

—Cincuenta... ¡Pero yo tengo más de trescientos hombres aquí!

—Nos han asaltado por sorpresa. Y además han escapado varios hombres de los que han sido detenidos a última hora.

Jacqueline lanzó un grito.

¡Marcel! ¡Marcel se hallaba libre!

Luquesne la dio un empujón, derribándola de nuevo sobre la butaca de cuero rojo. Sus facciones estaban crispadas y entrechocaban sus dientes.

—¡Maldita! ¡Ha sido por ti! ¡Te espiaban! ¡Alguien nos ha seguido!

—¡Y usted los teme! Está temblando de miedo, ¿verdad? ¡Tiembla porque es un traidor a Francia!

—¿Traidor yo? ¿Crees que sólo tienen razón esos asesinos de la O. A. S.?

—No hablo de ellos. Hablo de los que se han vendido al nuevo ejército de Argel.

—No te entiendo.

—Ni hace falta, perro.

Luquesne saltó sobre ella, pero la muchacha lo esquivó ágilmente. En cambio Blanchot pudo atraparla de un zarpazo.

—Vigílela, Blanchot —dijo el general con las facciones sudorosas—. Que no se escape. Yo voy a ver qué ocurre.

Salió del despacho, mientras Jacqueline se debatía inútilmente en brazos del comandante.

La situación en la Prefectura no era buena, al menos de momento. Los gendarmes, casi todos demasiado viejos y sin ningún deseo de morir, habían sido asaltados por más de cincuenta desesperados de la O. A. S.

Éstos se estaban abriendo camino con metralletas. Después de los asaltos a la Kasbah por parte de la tropas, existía ya una verdadera guerra civil entre los franceses de Argelia. No importaban unos muertos más.

Luquesne vio a Marcel, el tipo a quien poco antes había hecho detener a la salida de la Kasbah. Llevaba una pistola y, con el hombro vendado, avanzaba a saltos entre las ruinas de una parte de la Prefectura. Otros avanzaban con él, manejando las metralletas. Era un asalto en regla, del cual era posible que nadie saliese vivo.

Luquesne extrajo su pistola. El estrépito era ensordecedor y sólo una parte de la red eléctrica de la Prefectura funcionaba después de la voladura. La mayor parte de los corredores estaban a oscuras. Entre las tinieblas, los disparos y los gritos de dolor semejaban una pesadilla.

Marcel vio también a Luquesne.

Disparó, aunque sin tirar a matar. Luquesne pudo parapetarse tras la baranda de la escalera. Los gendarmes iban alocados de un

lado a otro, disparando al azar y haciendo aún más grande el caos. El general tuvo la sensación de estar defendido por una cuadrilla de imbéciles, y eso le puso furioso.

—¡Estúpidos! ¡Colocaos en el piso superior! ¡Son pocos! ¡Hay que barrerlos de aquí!

Pero no resultaba fácil cumplir aquella orden. Los de la O. A. S.

conocían bien el edificio y estaban protegidos por los cascotes y las ruinas. Luquesne se dio cuenta de que Marcel tiraba mal a causa de la herida, pero era evidente que venía a por él, o al menos intentaba llegar hasta su despacho.

Sabía que Jacqueline estaba allí.

Con un grito de rabia, el general vio que uno de los gendarmes que se hallaba a su lado caía rodando escaleras abajo, con plomo en el pecho. Otros dos se retiraron. Tenían miedo de morir.

—¡Imbéciles! ¡Canallas! ¡Cobardes!

Pero los gritos no sirvieron de nada. Marcel que iba en cabeza de los asaltantes, siguió avanzando.

QUINCE

Luquesne disparó rabiosamente otra vez.

No comprendía cómo aquel tipo, que estaba herido podía avanzar con tanta rapidez y disparar al mismo tiempo con aquella mortal precisión. Sólo había una explicación para aquello: A Marcel no le importaba morir. Era un desesperado. Sólo quería salvar a la chica aunque luego le asasen las entrañas a él. Eso era lo que asustaba a Luquesne.

Una bala le rozó la cabeza.

Vio entonces que otro tipo se acercaba también dando fantásticos saltos y agazapándose como un simio por entre las grandes escalinatas llenas de muertos. En la expresión de aquel hombre se veía que tampoco le importaba morir. Seguramente también pensaba en Jacqueline cuando esquivaba las balas y se acercaba cada vez más a los gendarmes, como un suicida.

Luquesne disparó otra vez.

El hombre cayó a tierra, llevándose la mano al pecho. Hizo una pirueta casi grotesca y rodó escaleras abajo, llevando consigo otro cadáver. Cuando llegó al pie de la escalinata, había dejado de existir.

Marcel lo contempló brevemente, porque conocía a aquel hombre. Era Prevost, uno de los miembros más activos de la O. A. S.

En realidad un asesino profesional que había seguido viviendo en Argelia porque Argelia era una tierra donde se podía matar.

Ahora le había llegado el turno.

Marcel intentó dar un salto para situarse mejor y batir de flanco a Luquesne. En realidad éste, pese a su edad, era el que tiraba mejor y el que con más dignidad se mantenía en su puesto. Los gendarmes

eran una cuadrilla de cobardes. Gritaban y retrocedían como ratas asustadas ante el pequeño grupo de hombres de la O. A. S.

Estaban esperando que les llegasen refuerzos y mientras tanto no querían morir.

Luquesne pareció adivinar su intención y disparó a su cabeza. La bala arrancó cabellos a Marcel. Tuvo que pegarse a los peldaños, conteniendo incluso la respiración para que su cuerpo abultase lo menos posible. Aquel diablo de general quería enviarle al infierno antes de que lo enviasen a él.

Mientras tanto pensó angustiosamente en Jacqueline. Pensó en lo que estaba siendo de ella.

En aquellos momentos Jacqueline se debatía en brazos de Blanchot, intentando desesperadamente librarse del dogal en que la tenía encerrada el comandante.

—Suélteme... —gimió—. ¡Suél... te... me! Cuando mis amigos lleguen lo liquidarán. ¡Suélteme o tendré el gusto de escupir sobre su cadáver dentro de cinco minutos!

Blanchot dijo en voz baja:

—Voy a dejarla libre.

—¿CÓ... cómo?

—Ya lo ha oído. No le pido nada a cambio, salvo que sea un poco razonable y me deje salvar mi propia responsabilidad. Vamos a mi despacho y desde allí podrá saltar a la calle. Fingiré que me ha sorprendido.

Jacqueline miró con desconfianza a Blanchot, pensando que aquel hombre tal vez pensaba pedirle lo mismo que le había pedido Luquesne; pero se dio cuenta de que el comandante no dirigía una sola mirada a su cuerpo. La estaba contemplando con ojos fríos, inanimados como los de un juez. Era imposible saber qué pensaba Blanchot, pero desde luego no la contemplaba ahora como se contempla a una mujer hermosa.

Jacqueline pensó que podía confiar en él.

—¿Por qué no me deja salir por aquí? —preguntó, sin embargo.

—¿Está loca, chiquilla? No llegaría viva al primer peldaño. ¿No se ha dado cuenta de que esto es un asalto en regla? Los de la O. A. S.

tiran a matar y al bulto. No la distinguirán a usted.

La muchacha se mordió los labios. Era cierto lo que decía Blanchot Salir por la escalera principal para tratar de unirse a los de la

O. A. S.

equivaldría a un suicidio.

—Está bien; vamos —decidió.

Salieron del despacho para entrar a otro contiguo, de paredes acolchadas con plástico, al que llegaban más quedamente las detonaciones de la escalera. El despacho estaba a media luz porque sólo había una bombilla encendida, y aún ésta se apagaba con intermitencia. Jacqueline sintió miedo instintivamente, pero volvió a darse cuenta de que Blanchot no la miraba.

—Siéntese —indicó él.

—¿Para qué? ¿No puedo saltar ya?

—Necesitará que alguien la ayude, ¿no? Y recuperar un poco sus energías. Beba un poco de coñac y fume un cigarrillo. Hay tiempo.

—No... no podría.

—Se lo aconsejo. Debe dominar sus nervios. Vamos, sea sensata y haga las cosas con un poco de conocimiento.

De uno de los cajones de la mesa extrajo una botella de «Martell» y dos copas, de las que llenó una para tenderla a Jacqueline. Ésta bebió ávidamente porque lo necesitaba. Luego Blanchot le puso en los labios un cigarrillo.

—¿Fuego? —preguntó entonces una voz.

Jacqueline tuvo una sacudida como si acabara de ver ante sus ojos una serpiente venenosa. Una mano brotó a su izquierda, tenuemente iluminada por la llamita de un encendedor. Jacqueline vio aquella mano y la reconoció. Reconoció también al hombre que estaba tras ella.

Era el capitán Brion.

DIECISÉIS

Brion rió suavemente.

—¿Sorprendida?

Jacqueline fue a saltar a un lado, pero Brion la sujetó por los cabellos, manteniéndola quieta. Era increíble la fuerza que tenía aquel bicho y la habilidad con que inmovilizaba a una mujer. Instantáneamente Jacqueline se sintió perdida.

Ni siquiera podía gritar, porque con el estrépito infernal de los disparos no iban a oírla.

Brion tiró un poco más de sus cabellos, los retorció, retorciéndole también la cabeza, y la arrojó al suelo. En realidad fue ella la que tuvo que dejarse caer porque si no le hubieran roto el cuello.

—¿Sorprendida? —preguntó nuevamente Brion.

—Más que sorprendida, paralizada. ¿Cómo estás aquí, perro? ¿Cómo has podido entrar en la mismísima Prefectura?

Brion sonrió haciendo un ademán que no sabía si era distinguido o vicioso.

—¿Y por qué no iba a entrar? Este despacho es como si fuera el mío. Naturalmente no entro aquí por la puerta principal, pero hay mil métodos para que nadie me vea. Te presento a mi jefe...

Y señaló a Blanchot, que sonreía también suavemente, encendiendo un cigarrillo y, ahora sí, recorría taladrante el cuerpo de la muchacha, deteniéndose en cada relieve y en cada curva.

—¿Ése es... tu jefe?

—El que ese maldito Marcel estaba buscando. Uno de los que más han contribuido a la victoria del

F. L. N.

en tierras argelinas. Y uno de los que tienen más porvenir en la

nueva república que aquí se creará. Claro que digo república por decir algo. Nuestra intención es que esto será un sultanato como los de Arabia. Los cochinos africanos que han independizado Argelia, no cuentan para nada.

Jacqueline escupió.

—¡Maldito y rastrero cobarde!...

—Pero ¿de qué te quejas? Todo te ha salido demasiado bien. Ibas a morir despedazada después de recibir las caricias de mis hombres —dijo Brion— y, sin embargo, ahora morirás tranquilamente, sin sentir dolor. Porque los balazos en la cabeza no duelen, muñeca. Después de esto, ¿qué te importa a ti que Argelia sea francesa o que pertenezca a los hombres como nosotros? ¿No será la muerte mejor que ir a parar a uno de nuestros harenes?

—Mil veces mejor... —dijo Jacqueline con un susurro.

—Entonces calla. Y mírame a los ojos en el momento de morir, muchacha. Tienes los ojos más bonitos que he visto.

Sacó una «*Parabellum* Luger» de una funda axilar. Blanchot fumaba pensativamente su cigarrillo, sin dejar de mirar las curvas de Jacqueline.

—Es lástima que una mujer tan bonita tenga que morir —susurró.

—Ya ha vivido bastante.

Brion apuntó a la cabeza de la muchacha.

Y tensó el dedo para contraerlo, en el momento en que iba a apretar el gatillo...

Marcel intentó un nuevo salto, pero la pistola de Luquesne le mantuvo inmovilizado. Y no era eso lo peor.

Muchos de los hombres de la

O. A. S.

habían muerto, y otros habían huido al darse cuenta de que el asalto a la Prefectura no era más que un suicidio colectivo. Además los gendarmes recibían refuerzos. Estaban llegando ya.

Por las calles adyacentes se oía el tableteo de las ametralladoras pesadas colocadas en los vehículos de transporte. Los de la

O. A. S.

iban siendo cazados. Al menos doscientos gendarmes se aproximaban allí.

El golpe, un golpe suicida para salvar a una mujer, había

resultado un desastre.

Una oscura desesperación se adueñó de él, y pensó que si Jacqueline moría ya no merecía la pena vivir. El salto que tantas veces había ensayado, lo dio esta vez sin tomar ninguna clase de precauciones. Lo que quería era llegar junto a Jacqueline. Lo demás... ¿qué importaba?

Luquesne disparó otra vez.

Marcel sintió el impacto de la bala, rozándole el cráneo, y tuvo como un desvanecimiento. Rodó escaleras abajo con la sensación de que el mundo había terminado para él. Una vez en la planta baja, vio claramente a los gendarmes que invadían la puerta, llegando desde la calle. Los últimos miembros vivos de la

O. A. S.

levantaban los brazos, rindiéndose. Era el fin.

Marcel perdió el conocimiento, pero debió ser sólo durante unos minutos. Al abrir los ojos de nuevo vio a Luquesne que descendía las escaleras, apuntándole. Intentó disparar pero vio que no tenía ningún arma en la mano. Debía haberla soltado cuando la bala le rozó. Miró a Luquesne con una amarga expresión de desafío.

—Usted ha ganado. Dispare.

—Yo no soy el verdugo. Sin duda dispararán contra ti, pero antes hay que interrogarte.

—No diré una palabra.

—Ya veremos eso.

Luquesne tiró de él, clavándole el cañón de su arma en los riñones en cuanto Marcel pudo tenerse en pie. Le empujó para que pudiera subir las escaleras. El joven lo hizo tambaleándose.

—¡Vamos! ¡Aprisa!

Abajo, había cesado toda resistencia. Ya no se oían los disparos, que habían sido sustituidos por un espantoso silencio. Todos los de la

O. A. S.

se habían rendido ya. Unos gendarmes los cacheaban, colocándolos a un lado, mientras otros examinaban los heridos y los muertos.

Marcel sintió que la sangre corría por su brazo herido y por su cabeza, pero eso no importaba. Lo único que estaba buscando era una oportunidad para derribar a Luquesne y llegar libre hasta arriba, donde no se veía apenas a ningún gendarme.

Pero Luquesne lo adivinó.

—Quieto —advirtió—. Quieto si aún esperas ver a la muchacha.

—¿Dónde está?

—Arriba. En mi despacho.

—Prométame que me dejará despedirme de ella.

—¿Tanto la quieres?

—Ahora parece ridículo decir eso, pero ha sido la única mujer a la que he querido en mi vida.

—Y ella te quiere a ti, seguro. No consiente que ningún otro hombre la mire.

Adelantándose al gesto de rebelión de Marcel, le clavó con más fuerza el cañón de la pistola entre los riñones.

—Quieto. Te prometo que hablarás con ella. Pero no intentes nada, o vais al infierno los dos.

—¿Seguro que está en su despacho?

—Seguro.

Fue en aquel momento cuando lo oyeron ambos.

Abajo el silencio era absoluto, interrumpido sólo de tarde en tarde por el gemido de algún moribundo. Por eso lo oyeron con tanta claridad.

Un disparo junto al despacho de Luquesne.

* * *

Cuando vio que Brion iba a apretar el gatillo, Jacqueline hizo un supremo esfuerzo y giró dos veces sobre sí misma. Lo hizo en el último instante y con una maravillosa rapidez, por lo que la bala disparada por el ex capitán sólo produjo un impacto en las baldosas. De todos modos aquello no haría más que alargar el suplicio.

Jacqueline sabía que se había librado por una especie de milagro. No podría girar otra vez con la suficiente rapidez ni tenía fuerzas para ello. Vio aparecer en los labios de Brion un sonrisa divertida.

—¿Quieres que esto dure más? —preguntó él suavemente.

—Lo que quiero es jurarte que te arrancaré la piel aunque sea en el otro mundo. Vengaré a mis hermanas. ¡Las vengaré!

—Nunca creí que fueses tan estúpida.

Brion volvió a apuntar. La sonrisa divertida seguía flotando en sus labios mientras miraba a la muchacha.

—Anda, gira otra vez si puedes. Estás más bonita.

—No puedo ya.

—Entonces... ¡Muere!

Fue a apretar el gatillo de nuevo, pero en ese instante una voz se escuchó junto a la puerta.

—Quieto, Brion, perro hijo de perros.

Era la voz de Marcel.

* * *

El general Luquesne le encañonaba, pero no parecía importarle demasiado al joven. Por lo visto ya se había resignado a morir. Cubierto de sangre, con una mueca de fanático odio deformándole el rostro, saltó.

Brion lanzó un grito, mientras desviaba la dirección de su «*Parabellum*». En aquel momento Blanchot intentó también sacar un arma.

Luquesne estaba atónito.

—Pero... ¿cómo ha entrado ése aquí? —preguntó, lívido de asombro, mientras miraba a Brion.

—¿Y le extraña? —gritó Jacqueline desde el suelo—. ¿Es que no sabía que Blanchot es uno de los jefes del

F. L. N.

en compañía de Brion? ¿Es que no sabía acaso que...?

—¡Calla!...

Blanchot acababa de lanzar un rugido, mientras disparaba contra ella. No consiguió nada con su pistola de pequeño calibre porque la bala chocó contra el ángulo de la mesa, arrancando astillas que parecieron pulverizarse en el aire. Luquesne ordenó fríamente:

—Suelta esa pistola, Blanchot.

En aquel momento se oyó otro disparo. Brion acababa de hacer fuego con su «*Parabellum*», pero estaba demasiado nervioso y no acertó. La bala pasó a medio centímetro del cuerpo de Marcel, quien hizo una finta para prevenir el próximo disparo. Esta vez el proyectil le arrancó sangre de la cadera, pero sin herirle gravemente.

Cayó sobre Brion.

A pesar de que estaba herido una furia satánica le animaba. Su

brazo útil se enroscó al cuello del excapitán mientras caían los dos. Rodaron sobre las baldosas, tropezaron con el cuerpo de Jacqueline, que intentaba levantarse con una mueca de horror, y llegaron rodando hasta el último ángulo de la mesa, junto a Luquesne.

Brion disparó otra vez, pero ahora no podía controlar sus movimientos y la bala se clavó en el techo del despacho, justo en un decorado que representaba a la República Francesa.

Era todo un símbolo.

Luquesne repitió en aquel momento a Blanchot:

—Suelte ese arma.

—No voy a obedecer, general... —Los ojos del comandante brillaban en la penumbra como los de una fiera a punto de saltar—. Ya estoy harto de recibir órdenes, de ser siempre un inferior en un ejército que no va a ninguna parte. Ahora voy a ser más que un general en la nueva Argelia. ¡Váyanse al infierno usted y todos los que representan a Francia! ¡Su hora ha pasado! Y por eso le ordeno yo ahora: ¡Ríndase, general, si no quiere morir!

Luquesne sonrió con una sonrisa amarga, llena de desprecio y de burla, y lanzó una maldición en voz baja.

Mientras, hizo fuego.

Blanchot, que no había tenido tiempo de disparar, se derrumbó con una mueca de incredulidad en el rostro, mientras de su pecho empezaba a manar la sangre. La bala le había atravesado el corazón, y Luquesne lo sabía. Luquesne, pese a todo, había sido número uno de los tiradores en la Academia de Saint Cyr, cuando Francia todavía era una potencia mundial.

Entretanto, la pelea entre Marcel y Brion había seguido a un ritmo alucinante y salvaje.

Brion no se dio cuenta de la muerte de su jefe, pero intentó escapar. Hizo un esfuerzo para llegar a la ventana, al ver que su enemigo no le soltaba. Marcel le dejó moverse durante unos segundos, para que se colocara en posición desfavorable, y entonces le golpeó en la nuca con la mano sana.

Brion volvió a caer, pero ahora con las facultades menguadas por el terrible impacto. Rodaron los dos, con la pistola entre ambos, y forcejearon mirándose a los ojos como fieras a punto de devorarse. La sangre que caía del rostro de Marcel cegó a Brion. Éste lanzó un grito casi femenino, encontró el gatillo de la pistola e

hizo fuego.

No se dio cuenta de que la pistola le estaba apuntando a él, de que Marcel la había desviado.

Con un espasmo, permaneció en el suelo mientras Marcel se levantaba. Pero ahora Marcel llevaba el arma. Apuntó fríamente a su enemigo y disparó una, dos, tres veces, matándolo como se mata a un perro rabioso.

Luego las fuerzas le fallaron. No podía ya más. Soltó la «*Parabellum*».

Se dio cuenta entonces de que Luquesne le estaba apuntando. Había en sus ojos una expresión crítica.

—Muy bien —dijo Marcel, desfallecido—. Ahora ascenderá usted a mariscal por lo menos, Luquesne. Ha liquidado a dos traidores, porque puede decir que los ha matado usted, y entregará a sus hombres a dos elementos peligrosos y que serán condenados a muerte. Le... felicito.

Luquesne no se movió. Seguía brillando en sus ojos aquella extraña mirada crítica.

—Sí —dijo en voz baja—. Todo un éxito. Lástima que usted tenga más que yo, amigo. Lástima que usted tenga el cariño de una mujer como ésta.

En ese momento entró uno de los segundos ayudantes. Llevaba una automática en la mano derecha. Miró con asombro el dantesco cuadro que ofrecía la habitación.

—General..., ¿qué ha ocurrido?

—Nada... —dijo Luquesne—. Estos dos tipos han sido muertos por los de la

O. A. S.

cuando nosotros íbamos a entrar aquí. Se ha infiltrado un grupo, al parecer, y luego han huido saltando por la ventana.

Marcel no daba crédito a sus oídos. Estuvo a punto de lanzar un grito. Jacqueline se incorporó y tuvo que apoyarse en la mesa como si estuviera borracha.

—¿Y... ésos? —preguntó el ayudante.

—¡Ah! Ésos... —Luquesne los miró como si no los hubiera visto jamás—. Son amigos. Me han ayudado, afortunadamente. Llévelos al puerto y hágalos subir en cualquiera de los muchos barcos que salen hacia España. ¡Ah! Asegúrese de que reciben asistencia

médica.

El oficial no discutió. Miraba sólo a los cadáveres. No pudo ver la expresión de asombro, y al mismo tiempo de inaudita felicidad, que se había dibujado en los rostros de Marcel y Jacqueline.

—En cuanto a los de la

O. A. S.

que han cometido esos crímenes... —balbució—. El comandante Blanchot era ayudante personal de usted...

—Claro, esto no puede quedar impune. —Luquesne hizo un gesto de gran jefe—. Diga que detengan a los sospechosos de costumbre.

Cuando Marcel y Jacqueline salieron por una portezuela lateral, apoyándose uno en el otro, Luquesne quedó solo y encendió un cigarrillo con movimientos tristes y calmosos.

Casi en seguida lo tiró.

En aquel minuto de su vida, el tabaco le sabía amargo.

FIN

Aparecerá la próxima semana
en esta colección

Joe Mogar

MI PROPIA LEY



Precio: 7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

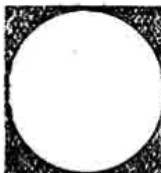
COLECCION
CIRCULO ROJO



Los archivos po-
licíacos abiertos
para Usted.

CRIMEN, S. A.
LA MAFIA
ANTOLOGIA DEL CRIMEN
T-MEN
EL MUNDO DEL DELITO
LIBRO NEGRO DEL CRIMEN
HOLLYWOOD ES MI REINO
LOS AÑOS SIN LEY
LIBRO NEGRO DEL CASTIGO
SEPTIMO INFIERNO
OPERACION BERNHARD
EL ROBO DEL SIGLO
INTERVIENE SCOTLAND YARD
PATRULLA ESPECIAL
INTERPOL
LOS ASESINOS
DELITOS DE SANGRE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



COLECCION CIRCULO AZUL

Las páginas más apasionantes de la historia y sus personajes más trascendentales, a la luz de las últimas investigaciones.



**EL PROCESO DE
NUREMBERG**

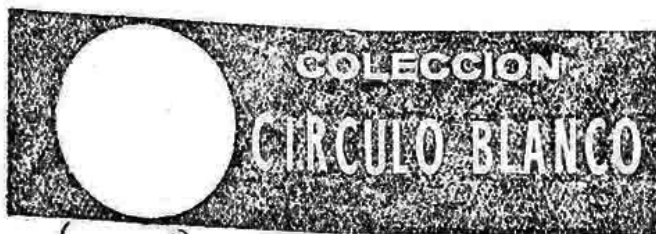
**LOS PAPAS DEL
MUNDO MODERNO**

EL ALAMO

**EL ENIGMA DEL
COLLAR**

LOS ROTHSCHILD

EDITORIAL BRUGUERA S. A.



la aventura vivida

MI VIDA SUBTERRANEA

por Norbert Casteret

INVESTIGADOR SUBMARINO

por Lloyd Bridges

"Mike Nelsor,"

NIGER, LEYENDA Y REALIDAD

por Richard Owen

VOLANTES DE LA MUERTE

por Robert Daley

MI PADRE ES UN CANIBAL

por Sten Bergman

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLEC. "PIMPINELA"
822 — G. Colomer
VIAJANTES DE BELLEZA
COLEC. "MADREPERLA"
728 — Corín Tellado
UNA PRUEBA DIFÍCIL
COLEC. "ROSaura"
672 — César de Monterrey
LLOVIDA DEL CIELO
COLECCION "AMAPOLA"
559 — Mercedes Muntó
DOS MELLIZAS Y UN AMOR
COLECCION "ALONDRA"
493 — May Carré
TODO MENOS AMOR
COLECCION "CAMELIA"
454 — Carlos de Santander
VENCERE TU OBSESION
COLECCION "CORAL"
115 — Corín Tellado
EL MARIDO DE LAURA
COLECCION "CORAL"
116 — Corín Tellado
EL RECUERDO
DE AQUEL DIA
COLECCION "CORAL"
223 — Corín Tellado
PAULA
COLECCION "BISONTE"
773 — George H. White
TODOS ERAN HOMBRES
Col. "SERVICIO SECRETO"
637 — Silver Kane
O. A. S.

COLECCION "BUPALO"
470 — M. Lafuente Estefanía
EL CABALLERO
DE VIRGINIA
COLECCION "TEXAS"
338 — M. Lafuente Estefanía
LA LEY DEL MATON
COLECCION "CALIFORNIA"
317 — Alf. Regaldie
GALOPE CONTRA
LA MUERTE
COLECCION "COLORADO"
262 — M. Lafuente Estefanía
TAHUR Y FEDERAL
COLECCION "KANSAS"
228 — Meadow Castle
ESTIRPE DE SHERIFF
Col. "HEROES DEL OESTE"
210 — M. Lafuente Estefanía
EL RANCHO DEL
GRAN CAÑON
COL. "ASES DEL OESTE"
180 — A. Rolcest
MANOS ATADAS
COLEC. "BRAVO OESTE"
92 — Fidel Prado
CONDENA DE SANGRE
COLEC. "PUNTO ROJO"
26 — Keith Luger
CITA CON EL ASESINO
Col. "SEL. SERV. SECRETO"
4 — Red Harland
UN HOMBRE ALTO

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.
- CUBA:** Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57
LA HABANA.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar., 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUN-
CIÓN.
- PERU:** Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsillibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferrer-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.



N.º 1569

Ingrid Bergman

Nació en Estocolmo (Suecia) el 29 de agosto de 1915. Ha interpretado ya más de 40 películas, entre ellas destacan: "Luz que agoniza", "Anastasia", "Recuerda...", "Casablanca" y recientemente "No me digas adiós", junto a Tony Perkins.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain

Notas

[1] Aunque la mayor parte de los lectores conocen sobradamente el significado de

F. L. N.

y

O. A. S.,

aclararemos en una breve nota su significado para evitar cualquier confusión. F. L. N. es el anagrama de los argelinos que en 1954 se alzaron contra Francia, pretendiendo la independencia de su país, y que finalmente han triunfado después del referéndum del 1 de julio de 1962. Por el contrario,

O. A. S.

es el anagrama de la Organización del Ejército Secreto, asociación armada de franceses que dirigía el general Raoul Salan y que luchaban contra la política del presidente De Gaulle para evitar que éste concediese la total independencia a Argelia, temerosos de la suerte que iban a correr en el nuevo país. Ni que decir tiene que ambas organizaciones han luchado a muerte, habiendo luchado además el

O. A. S.

contra la policía y el ejército de su propio país, que seguían en gran parte las órdenes del presidente De Gaulle, aunque con notables disensiones que han originado una de las más angustiosas tragedias de nuestra época. (N. del E.). < <

[2] Bled: campiña argelina. < <